

# CADENA SER MADRID SUR CONVOCA EL:

## I CERTAMEN LITERARIO

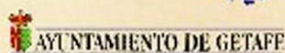
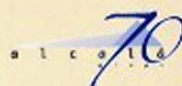
*"SER QUIJOTE; SOÑADORES DE HOY"*

CON MOTIVO DEL IV CENTENARIO  
DE LA PUBLICACIÓN  
"DON QUIJOTE DE LA MANCHA"



INFORMESE EN SU AYUNTAMIENTO  
O LLAMANDO A SER MADRID SUR: 91 697 72 86

### PATROCINAN:



## CONTENIDO

Primer premio: RESIDENTE KANE	Pág. 03
Segundo premio: LAS ALAS PEQUEÑAS	Pág. 12
Tercer premio: DE CUANDO SANCHO ENCAMINABA SUS PIES A LA AUDIENCIA NACIONAL	Pág. 20
Finalista: CAMINO A CASA	Pág. 25
Finalista: DESMONTANDO LA MONOTONÍA	Pág. 36
Finalista: HILOS DE ESPERANZA	Pág. 42
Finalista: LA DUCE ENEA	Pág. 57
Finalista: PEQUEÑAS GOTAS DE ESPÍRITU	Pág. 64
Finalista: POR UN SUEÑO	Pág. 71
Finalista: UNA DULCE HOJITA EN EL RÍO DE SUS VIDAS	Pág. 75

# 1er PREMIO

## Residente Kane

Pseudónimo: "Asomado"

**Autor: Manuel Jesús Osuna Blanco (Fuenlabrada)**

Con lágrimas en los ojos, despidió el coche de su hijo hasta que se perdió en la carretera. Después, contempló el lugar donde pasaría los últimos años de su vida: la residencia de ancianos.

A sus ochenta años, viudo, y dejando atrás cuatro hijos, seis nietos y una vida de funcionario; Matías se presentó en la puerta de la residencia con un par de maletas y la inquietud de un colegial primerizo.

Salió a recibirle una corpulenta mujer que se identificó como la gobernanta (semejante cargo no dejaba duda de quién mandaba allí), la cual le dio la bienvenida y le guió hasta el piso superior para mostrarle el austero cuarto compartido que le correspondía. Dejaron allí el equipaje e iniciaron un recorrido por las diferentes estancias del centro, que si bien la mujer definía como tranquilo y acogedor, a Matías le pareció demasiado sombrío y silencioso. Él, un hombre enclenque de cuerpo pero de mente despierta, sintió cierta claustrofobia cuando la gobernanta le informó de dietas, normas, horarios y visitas. Se cruzaron en su camino con algunas cuidadoras, sortearon varios residentes con andadores, y finalmente llegaron a la enorme sala de estar donde multitud de arrugados y ojerosos rostros examinaron al recién llegado. Unos pocos se apresuraron a acercarse para estrecharle sus temblorosas manos y entablar conversación, si bien otros consideraban muy triste que alguien ocupara el lugar que dejó Luis al morir días atrás. La gobernanta, viendo que ya realizaban las oportunas presentaciones, dejó a Matías con sus nuevos compañeros para que hablaran de sus cosas, deseándole que se sintiera cómodo en su nuevo hogar.

Esa noche Matías tardó en conciliar el sueño, no tanto por los ronquidos de Agustín, su compañero de habitación, sino porque extrañó colchón y almohada.

Como hacía siempre que necesitaba un punto de referencia ante los cambios de la vida, su mente regresó a su juventud, a las nocturnas sesiones dobles en el cine de verano de su pueblo. Sintió la magia y el olor de aquel cine, un templo de asientos metálicos cuyo altar era la pantalla grande, una ventana al universo donde surgían persecuciones de diligencias, románticas historias de amor o conspiraciones de terribles asesinatos. Cuando por fin le pudo el cansancio, el anciano se durmió con una leve sonrisa en sus labios.

Matías pronto destacó como un residente peculiar.

Sorprendió a Agustín al sacar de la maleta carteles de grandes clásicos cinematográficos con los que propuso decorar la habitación. Así, mientras que en las paredes de los demás cuartos colgaban estampas familiares y religiosas, el hombre empapeló las suyas con *Ben-Hur*, *Casablanca* y *Lo que el viento se llevó*. Incluso en la mesita de noche, su retrato de boda y las fotos de sus nietos compartían espacio con instantáneas de James Stewart y Ava Gardner.

Si bien Matías sentía pasión por los clásicos en blanco y negro, él prefería ver la vida en technicolor. Comenzaba el día *cantando bajo la lluvia* de la ducha; ruborizaba a sus ancianas compañeras diciéndoles que un café matinal con ellas era un *desayuno con diamantes*; y en las tardes de partida de dominó, le pedía al chico de la cafetería su aperitivo y su tinto al grito de: *¡Marcelino, pan y vino!*

“Es un psicópata”, decía doña Aurora, escandalizada por un individuo con tantas rarezas. “En todo caso, cinépatá”, le gustaba definirse a él.

Apenas unas semanas después de su llegada, el octogenario comenzó a tener un enigmático comportamiento. Se pasaba el día tomando anotaciones en un viejo cuaderno, realizaba misteriosas llamadas telefónicas y recorría la residencia mirándolo todo a través del rectángulo que formaba con los dedos índice y pulgar de ambas manos.

Una mañana, convencido de que tenía un buen proyecto, Matías llamó dos veces (como el cartero) a la puerta del despacho de la gobernanta.

–¿Da su permiso, *my fair lady*? –saludó con una reverencia. La mujer sabía que no era adulación gratuita. Incluso al médico le llamaba *Doctor Zhivago*.

–Pasa, Matías. –Observó tras sus gruesas gafas el cuaderno que el hombre sostenía como un tesoro–. ¿Ocurre algo?

–Verá –dijo entusiasmado–, me gustaría solicitar su permiso para rodar un cortometraje. Aquí, en la residencia, con todos mis compañeros.

La perplejidad se adueñó del rostro de la gobernanta y el hombre se apresuró a explicarle que sólo serían tres días de rodaje (semana de ensayos aparte) y que el centro no tendría que poner ni un céntimo porque los medios técnicos se alquilarían gracias a sus ahorros y al patrocinio de una casa comercial. Después le entregó el cuaderno anunciando orgulloso que ponía en sus manos la versión definitiva del guión.

–¿*Con canas y a lo loco?* –se sorprendió la mujer al leer el título.

Matías sonrió y la definió como una comedia geriátrica con historia de amor otoñal.

A la gobernanta le pareció una idea descabellada que sus mayores anduvieran actuando por los pasillos (¡Adiós a la tranquilidad del centro!), si bien tampoco encontró motivos contundentes para negarse a tan curiosa iniciativa. Se encogió de hombros y murmuró un “No sé, supongo que no habrá problema” que Matías interpretó como un sí, por lo que le estampó un beso en la frente y salió disparado para ponerse manos a la obra.

Convocó una reunión urgente en el salón a la que asistieron prácticamente todos los residentes, entre otras cosas porque tampoco tenían mucho más que hacer. Matías se situó frente al nutrido auditorio de boinas, bastones y sillas de ruedas, les agradeció su asistencia y preguntó sin rodeos:

–Amigos, ¿quién quiere participar en una película?

Algunos se ajustaron sus audífonos considerando que no habían oído bien.

–Propongo que rodemos aquí un cortometraje: una película corta –aclaró al ver bocas abiertas y ceños fruncidos–. Necesito actores y técnicos. Gente con ganas y tiempo libre. –Abrió las manos y les señaló–: Vosotros.

Un sepulcral silencio recorrió la sala y algunos de los presentes se apresuraron a diagnosticarle una avanzada demencia senil.

Viendo que se quedaba *solo ante el peligro* y que era responsabilidad suya como director de la futura película transmitir el entusiasmo necesario para que se embarcaran en aquella aventura, Matías les explicó el argumento, las diferentes tareas del equipo técnico y pronunció un quijotesco discurso en contra de la pasividad, la rutina y el sentido del ridículo.

–Compañeros: el arte, como el amor, no tiene edad. Podemos hacer esta película. Demostrar a los demás y a nosotros mismos que los viejos somos algo más que estorbos gruñones que se dedican a acumular medicamentos y protestar por la sal en las comidas.

Se desataron quejas y comentarios de desaprobación por tal definición.

–¿No os gusta el cine? ¿O lo que os gusta es el victimismo? –endureció Matías sus palabras–. Es más cómodo quejarse continuamente de que estamos *con la muerte en los talones...* Pero yo sé que bajo esas carnes flácidas siguen estando los niños que siempre fuimos. ¿Acaso nunca soñasteis con ser artistas? ¡Estamos a tiempo! ¡Basta ya de ser espectadores de la vida!

Surgió un aplauso espontáneo, el de Valentina, gran seguidora de *Cine de Barrio* y que a sus ochenta y tres años vio la oportunidad de mostrarle al mundo su valía como actriz.

–¿Y qué pensarán nuestros hijos? –comentó alguien al fondo–. Tendremos que pedirles permiso.

–¿Permiso? –se indignó otro– ¿Te lo pidieron ellos a ti para dejarte en un asilo?

Esta vez los murmullos fueron de aprobación y Matías supo que empezaban a considerarlo, por lo que finalmente podría contar con ellos.

Esa misma tarde, Agustín, nombrado ayudante de dirección, repartió copias de guión para todos, si bien tuvo que repasarlo tanto con los que no sabían leer como con los que estaban en lista de espera para operarse de cataratas. Entretanto, Matías adjudicaba con mano izquierda y gran sentido común los puestos adecuados, dejando claro que el cine era un trabajo en equipo donde todos debían trabajar codo con codo para sacar el proyecto adelante. Así, pidió a Paquita, costurera en sus tiempos mozos, que se hiciera cargo del vestuario de los actores; a Vicente, dueño de una ferretería hasta que se jubiló, que le

ayudase con la iluminación; y a Pedro, que se pasaba el día pegado a su transistor y entendía tanto de coplas como de Operación Triunfo, le propuso hacerse cargo del sonido. En general los ancianos quedaron satisfechos con la repartición de funciones; incluso doña Aurora, la lengua más crítica de la residencia, que reticente a recibir órdenes de alguien que se autoproclamaba director de cine, cambió de parecer en cuanto fue nombrada jefa de producción, cargo de gran importancia y responsabilidad, según le gustaba presumir después con sus compañeras de cuatrola.

Al igual que un brote de gripe o gastroenteritis, el entusiasmo por la película se propagó rápidamente por la residencia contagiando a todos los mayores, de forma que en los días posteriores se volcaron en los ensayos, preparación de decorados y pruebas de vestuario. Ya no se formaban colas para ir al baño o entrar el primero en el almuerzo, sino para participar en los castings; y las habituales conversaciones sobre osteoporosis y colesterol giraban ahora en torno a un tal Stanislavsky.

La víspera del comienzo del rodaje, la mayoría de los residentes se apresuraron para irse temprano a la cama, nerviosos como niños en la Noche de Reyes. A la mañana siguiente, el camión con el material cinematográfico alquilado fue recibido en las puertas del centro a lo *Bienvenido, Mr. Marshall*. Bajo la supervisión de la gobernanta, los mozos de la casa de alquiler empezaron a descargar cajas, focos, filtros y latas de película, rodeados en todo momento por los curiosos artistas que podían ser sus abuelos.

A Matías se le encogió el corazón cuando sus artríticas manos acariciaron la cámara de cine. Aquel mágico aparato registraba porciones de vida. "Nada es verdad ni es mentira, todo depende del formato y la óptica con que se mira", pensó.

La película se iba a rodar cronológicamente para facilitar la continuidad y la actuación del novel reparto, por lo que ese mediodía, siguiendo puntualmente el plan de rodaje, comenzaron la primera secuencia.

Mientras se colocaban los focos, Matías repasó la acción con Valentina y Nicolás. La historia era la típica chico-octogenario-conoce-a-chica-madurita, surgiendo el flechazo en este caso en un accidentado encuentro en la farmacia,

que no era otro lugar que la sala del médico redecorada. Se situaron en sus marcas y Matías pidió silencio.

–¡*Con canas y a lo loco!* –vociferó el encargado de cantar la claqueta–  
¡Secuencia 1. Plano 1. Toma 1!

Matías gritó acción y Nicolás entró en la farmacia tropezando con una despistada Valentina. Los diálogos no tenían desperdicio:

–Perdóneme, creí que semejante belleza era un espejismo. Está usted muy lustrosa a pesar de los lustros que tiene...

–Adulador –agradeció ella ruborizándose, aunque enseguida se puso a la defensiva–: Oiga, ¿no irá a la caza de mi pensión no contributiva?

–No, por Dios. ¡Es una idea tan descabellada como mi cabeza!

Valentina sonrió y desapareció dejando caer en su precipitada salida una caja de comprimidos para la hipertensión. Nicolás recogió el medicamento y decidió que tendría que buscarla cual Cenicienta con su zapato, para devolvérselo y conquistar su hipertenso corazón.

–¡Corten! –gritó Matías jubiloso– ¡Perfecto!

Sin embargo, no todas las secuencias iban a salir tan rodadas. En la escena del baño, donde Valentina cotilleaba con sus amigas sobre el pretendiente, hubo pequeñas rencillas entre las actrices de reparto, que se arremolinaban sobre la protagonista deseosas de conseguir un primer plano. Una de ellas se empeñó en salir sin gafas aunque para hablar con sus compañeras tuviera que palparlas, y otra decidió improvisar un desgarrador monólogo (“porque mi personaje lo requería”) en el que confesaba a lágrima viva a sus amigas que había tenido un desliz y creía estar embarazada.

Matías, perplejo, asomó la cabeza tras la cámara, dudando si cortar todo eso en el montaje o si tan surrealista escena encajaría con el tono cómico que estaba buscando.

Más caótica fue la secuencia en la capilla, ya que Nicolás tuvo que confesarse a gritos con el que interpretaba al sacerdote, debido a que éste era bastante duro de oído. Además de ligero de próstata, pues interrumpió la acción media docena de veces para ir al baño, excusando después su tardanza porque la sotana le complicaba la tarea.

En las siguientes jornadas, cualquier otro director hubiera pedido *arsénico por compasión* al contemplar las sobreactuaciones calcadas de las telenovelas de sobremesa y los problemas para memorizar el texto, fruto del incipiente Alzheimer de varios de los actores. Sin embargo, Matías, hombre optimista por naturaleza, disfrutaba de la situación repitiendo que lo único negativo era el de la película de celuloide.

La historia continuó sin grandes problemas. El protagonista conseguía averiguar que la mujer de la que se había quedado prendado estaba en una residencia, por lo que ideaba un plan para entrar allí de incógnito y demostrarle su amor. Por exigencias del guión, hubo persecuciones en silla de ruedas, equívocos con las habitaciones y enredos telefónicos que se lo hicieron pasar en grande a los ancianos.

Los residentes disfrutaron tanto del rodaje que cuando se dieron cuenta ya estaban en la última secuencia, la de la fiesta, donde todos aparecieron como figurantes con sus mejores galas. A ritmo de pasodobles y boleros, bailaron cuanto sus padecimientos lumbares y prótesis de caderas les permitieron. Incluso entre toma y toma, los diabéticos presentes en la sala aprovecharon para hincarle el diente a alguno de los pastelillos de atrezzo.

En medio de la pista, bajo banderitas y globos de adorno, la pareja formada por Valentina y Nicolás se juraban amor eterno:

–Prométeme que mantendremos viva la llama de la pasión –pedía Valentina.

–Hasta que la incineración nos separe –juró él agarrando su cintura con fuerza.

Sus cabezas se acercaron y sus labios se buscaron con suavidad. De repente, Nicolás se detuvo, se sacó la dentadura postiza de la boca y buscó una crema en el bolsillo. Mostró descaradamente ambas a la cámara y recitó:

–Para una buena sujeción, crema dental *Don Pegón*.

No quedó especialmente romántico pero la marca *Don Pegón* patrocinaba el corto, por lo que no quedaba más remedio que publicitar el producto.

Una vez firme y sujeta la prótesis en su boca, se abalanzó sobre Valentina y ambos se fundieron en un apasionado beso.

Matías ordenó con un gesto subir la grúa geriátrica a la que habían adosado la cámara, de forma que el plano se elevó y se alejó de los protagonistas dejando que su historia de amor se perdiese en la fiesta.

–¡Corten! –Matías aplaudió entusiasmado– ¡Hemos terminado!

Aprovecharon las bebidas y aperitivos del decorado para festejar el fin de rodaje mientras Matías, con unos ojos sospechosamente húmedos, recorría la sala agradeciéndoles la implicación y el interés mostrado. Los demás coincidieron en señalar que había sido una de las mejores experiencias de su longeva vida.

Se hicieron eternas las tres semanas que tardó en llegar del laboratorio la copia de la película, montada y sonorizada. El día del estreno, el comedor se transformó en una sala de cine con pantalla grande incluida, abarrotado desde muy temprano sin dejar sitio para un bastón más. Muchos de los allí presentes estaban nerviosos porque no pisaban un cine desde la época del No-Do, y menos para verse a ellos mismos en pantalla.

Cual estreno en la Gran Vía madrileña, Matías desfiló orgulloso por una deslucida moqueta roja, flanqueado por sus actores principales que, sonrientes, se agarraban a su brazo buscando más apoyo que glamour.

Una vez ocupados sus asientos, se apagaron las luces y las veteranas retinas de los presentes disfrutaron de la película. Ya desde que apareció el título con banda sonora del Dúo Dinámico sonaron algunos aplausos y fueron muchos los momentos que arrancaron carcajadas, como la breve aparición de la gobernanta, que se interpretaba a sí misma echándole la bronca a Nicolás cuando le pillaba espiando a Valentina tras los matorrales del patio. El éxito fue rotundo. Cuando se hizo la luz, tronaron más aplausos y ovaciones del público, que coreaba para que se volviese a proyectar la película por segunda vez.

Amparado en la penumbra de la sala, Matías no pudo evitar que su surcado rostro se inundara de lágrimas al recordar cuánto había imaginado ese momento. No sólo había conseguido realizar su sueño de dirigir una película, sino que ahora contaba con una gran familia y mucho tiempo libre; por lo que

antes de que llegaran los títulos de crédito de su vida, seguiría inventando historias para filmar en su recién estrenada carrera cinematográfica.

Sonrió al pensar que en ocasiones, a la tercera edad, iba la vencida.

Autor: **Manuel Jesús Osuna Blanco**

## **2° Premio:**

### **Las alas pequeñas**

**Pseudónimo: "Mambrino"**

**Autor: Juan Pablo Heras (Fuenlabrada)**

El día en el que la zoóloga decidió volverse loca, el cielo amaneció gris como el vientre del único pez de su acuario, que ese día había decidido morirse, exactamente 23 horas y 57 minutos con 28 segundos antes de que ella tomara su decisión.

No se preocupe. Al final lo entenderá todo. Y sabrá que usted también se hubiera vuelto loca si fuera mujer, o muerto si fuera el único pez de su acuario.

Ese día se levantó con cuidado para no despertar a su madre. Compartía cama con ella desde que habían decidido ceder la otra habitación a un compatriota de naufragio, hasta que encontrara trabajo, hasta que encontrara una casa para no molestar. En aquellos estrechos ochenta centímetros de colchón yacía con su madre, empapada de sudor como una hojita temblando de rocío. Y debe usted saber que su madre sudaba rencor.

Despertó a su hijo, y le dejó retozar un rato más entre las sábanas mientras ella se lavaba las pesadillas de su madre. Después le preparó el desayuno, mientras él observaba con aparente fascinación el caminar inquieto

de una hormiga común explorando un nuevo mundo. Y en ese momento debe usted saber que su hijo habló. Habló, sí, habló. Dijo "caliente", y lo dijo soltando de repente la taza del cola cao, pero dijo "caliente", y no "ay" ni "ou", como había hecho hasta entonces en sus días más comunicativos. Dijo "caliente" y después cerró la boca y volvió a mirar sólo para adentro. Los músculos faciales de la zoóloga crujieron de tanto tiempo sin ensayar una sonrisa. Por un momento parecía que el sol hincaba el dedo meñique en la panza gris del cielo.

Por el padre del niño no debe usted preguntarse. Ellas dejaron de hacerlo hace muchos años.

Agarró de la mano al niño y lo llevó consigo a la parada de la camioneta de los niños incompletos. El conductor tenía los ojos azules y un leve mechón de canas en la sien izquierda. Ella pensó que en el hueco que formaba con los brazos para llevar a su hijo hasta su asiento podría recostarse una cierva herida. Ella le miró; él no, pero se dieron las gracias como personas civilizadas.

Retomó el camino hacia el trabajo. En el metro se mantuvo de pie durante quince estaciones porque el único asiento que quedaba libre estaba reservado, y ella, al fin y al cabo, tenía dos piernas.

Llegó a la casa. Abrió la puerta con esfuerzo, es decir, con la llave mal copiada que su jefe le había dado. Cerró la puerta y suspiró en nombre de los millones de ácaros del polvo que iban a ser sacrificados en la ceremonia cotidiana de la bayeta y la fregona. Suspiró, sí, pero un segundo antes de que pudiera volver a inspirar, algo le agarró por la cintura y la atrajo hacia sí; su grito chocó contra una mano dura, y enseguida sonó la carcajada. Como el

aullido de una hiena manchada durante los primeros seis días del período de apareamiento, pensó ella.

-Me has asustado.

-No te he asustado. Te he regalado un momento emocionante.

Ese día, su jefe, el viejo policía, había logrado librarse del trabajo pretextando una ronquera. Había esperado a que ella llegara y ahora la atropellaba con su cuerpo. Ella apoyó la cabeza contra el pecho de él para evitar que la besara. Él apretó y ella pudo sentir la frecuencia desatada de los latidos.

-¿Ya tienes los papeles?

-Mañana.

-¿Los de mi hijo?

-Mañana.

-Entonces no.

Ella sabía que las palabras distancian lo que las manos no pueden. Bastó por eso su negativa para que él la liberara como un águila calva que hubiera descubierto un matojo de hierba entre sus garras. Al menos por un tiempo. Su jefe se alejó discretamente hacia su cuarto, pero le dejó prendida una mirada que dolía, y mucho.

Suelo. Lavabos. Muebles. Ropa sucia. Ropa limpia. Plancha. Ralentizaba su trabajo para mostrarse ocupada, ajena a todo lo que no fuera su tarea, distante, alejada un millón de kilómetros aunque la mirada de su jefe le encadenara a las patas de la cama. No tardó.

-Ya has trabajado mucho por hoy.

-La plancha...

-Ven aquí.

-Mañana.

-No tendrás los papeles

-Ya no me importa.

-Me resultó muy fácil meter a tu hijo en ese colegio. Sólo una llamada.

-Comprendo.

Es difícil soñar cuando alguien toca y soba y lame los resquicios que desean ser ocultos, es difícil soñar, pero ella lo hacía para encubrir el llanto, para disfrazar los gemidos de daño por gemidos de gozo, para disfrazarse ella misma de mujer deseante, que quedara claro que él era un caballero y que no le gustaba sentirse violador ni cliente de puta. Es difícil, pero ella soñaba, y se veía a sí misma dedicándose a aquello para lo que estudió en su país. Y desvelando el misterio de por qué las abejas vuelan aunque sus alas sean demasiado pequeñas para elevarlas en el aire.

Debe usted saber que la zoóloga soñaba con adueñarse de las llaves de lo imposible.

Cuando su jefe se vació y apartó al fin su cuerpo, ella se vistió con rutina de fugitiva y se marchó, de la habitación y de la casa. Él nunca esperaba palabras. Ella sólo esperaba un sello en la frente que le permitiera caminar por la calle con la mirada alzada. Sólo un sello, un papel y el dinero que cada fin de mes le pagaba su jefe, el viejo policía, en concepto de adecentamiento de la casa y colocación de la ropa limpia en los cajones. Y un camino para su hijo. El

viejo policía jamás tuvo que tomarse la molestia de amenazarla con una denuncia ante inmigración. Al fin y al cabo ella era inteligente y él un caballero.

Al volver a casa, la zoóloga se permitía todos los días un desvío por un parque cercano. Aunque pronto el invierno recortaría las luces, todavía era posible contemplar un pequeño árbol al que nadie se acercaba, por miedo a las picaduras de las abejas que allí vivían. La zoóloga se sentaba y observaba su vuelo secreto, su danza invisible entre las flores, y por un momento lograba detener el tiempo y mirar el mundo a través de la distorsión vidriosa de las alas de un insecto.

Luego, en la parada de la camioneta. Esta vez se retrasaba. Cinco minutos. Diez minutos. Llegó, finalmente. Esperó a que bajaran todos los demás niños. Observó el vacío en el asiento de la camioneta y el silencio en el aire. Una mujer de edad mediana le informó con entrenada exactitud profesional. Un ataque. Hospital. Muy grave.

La zoóloga corrió hacia su casa. Abrió la puerta y atravesó rápidamente el pasillo dejando atrás la habitación en la que el compatriota zanganeaba con los pasatiempos del periódico que había comprado para buscar trabajo. Entró rápidamente y encaró a su madre. Su mirada era extraña, y la zoóloga llegó a pensar que alguien le había informado.

-Ha llamado tu jefe.

-Mamá. El niño...

-Ha llamado tu jefe. Está muy enfadado porque dice que no le has planchado bien la camisa del uniforme. Que no trabajas como debes y que se está planteando sustituirte.

-Mamá...

-¿Así se lo pagas?

-¿Qué?

-Ese hombre te ha dado la oportunidad de tener un trabajo y un colegio para tu hijo, y, muy pronto, papeles... ¿Así se lo pagas?

La zoóloga no insistió. Se dio la vuelta sin decir nada y salió a la calle. El hospital estaba sólo a quince paradas de metro. En el viaje fue rumiando esa extraña mezcla de ira y desesperanza que sin duda explica el comportamiento del gorila de la montaña cuando es capturado. Las estaciones iban pasando con lentitud insultante, con esa indiferencia feliz en la que viven las máquinas.

En el hospital la estaban esperando. Hacía mucho, decían, y que por qué habían tardado tanto, y que el niño estaba en cuidados intensivos y que no es buena señal que un niño esté solo en cuidados intensivos. Muy grave, decían. La zoóloga no fue capaz de articular palabra alguna. Se limitó a asentir las afirmaciones de los médicos y a seguir como un sumiso ñu de la sabana a la enfermera que la llevaba ante su hijo.

Debe usted saber que cuando la zoóloga se sentó ante su hijo creyó ver una telaraña de algas que lo arrastraban hacia el fondo de una laguna, que se llevaban a su hijo como quien reclama lo que le es propio. Debe usted saber que cuando la zoóloga escuchaba al médico diagnosticar la extrema gravedad de su hijo notó en su interior una voz que le decía que todo el trabajo había sido inútil, que todo el esfuerzo fue vano porque así debía ser. Y hasta sintió una punzada de alivio que le hizo sentirse como el galápago hembra que abandona sus huevos en la playa a merced de los depredadores.

La noche fue tan larga como el retraso de la muerte.

Y fue en ese momento, exactamente 23 horas y 57 minutos con 28 segundos después de que el único pez de su acuario muriera, cuando la zoóloga decidió escuchar la voz de su hijo muerto. La misma voz que hasta ahora sólo había pronunciado "caliente", le habló ahora. Y le dijo que no debía perder el tiempo recolectando las penas de la abuela, ni vendiendo el alma por un papel que certificara su existencia. Y que ahora era libre, que ya no tenía que llevar a nadie de la mano y que podía dedicar su existencia a descubrir el secreto de por qué las abejas pueden volar aunque sus alas sean demasiado pequeñas.

Y debe usted saber que la zoóloga decidió hacer caso a las palabras que había decidido oír de su hijo muerto, y que se fue al parque a ver cómo bailaban las abejas, sentada durante siete días y siete noches en frente del árbol al que nadie se acercaba, y que no se hubiera levantado nunca más, ni siquiera cuando esos que se dedican a proteger a la gente de la gente se la llevaron a rastras, si no fuera porque había descubierto el secreto.

Cuando yo la conocí su sonrisa era perpetua. Apenas necesitaba hablar ni escribir. Por eso me pidió que yo lo hiciera por ella, porque debe usted conocer su historia, porque debe usted saber que la zoóloga descubrió el secreto de por qué las abejas pueden volar aunque sus alas sean demasiado pequeñas.

Ella nunca me lo desveló. Sólo sé que le bastaba con haberlo descubierto para sentir que ya no necesitaba volver a hablar, ni andar, ni hacer otra cosa que no fuera sonreír.

Recuerdo que sus últimas palabras decían que algunos secretos deben seguir ocultos para que otros puedan fugarse de su vida. Aunque les parezca imposible. Que sueñen que, aunque parezca imposible, pueden volar. Como las abejas.

## 3er PREMIO

# De cuando Sancho encaminaba sus pies a la Audiencia Nacional.

**Pseudónimo: Güido di Lera**

**Autor: Juan Carlos Jiménez Gómez (Getafe)**

*Otra carta más de Sancho Panza a su mujer.*

Querida mujer, al fin encuentro un merecido reposo a mis fatigados, que no derrotados pies, en el "*Ventorro de Getafe*" con ánimo de finalizar este eterno peregrinar que me traigo entre manos que para cuatrocientos años lleva ya.

Aquí me hallo en esta singular villa al Sur de la capital del reino, tomando viandas y recuperando fuerzas en esta venta, conocido por los lugareños como Centro comercial y de Ocio, desde la cual te escribo estas líneas, pues perdí hace tiempo mi condición de analfabeto y quiero compartir contigo la emoción que me embarga por reencontrarme de nuevo con mi señor.

No sé cómo pude estar tan ciego de no haberle reconocido antes, pues bien tiene por costumbre cambiar de nombre según le place (como ocurre con los judíos conversos), hoy sus obras y andanzas le han vuelto a delatar... Y sabido

es que me crié a su lado bajo el nombre de Alonso Quijano El Bueno, luego se proclamó como Don Quijote de la Mancha, posteriormente cambió al Caballero de la Triste figura y quién sabe cuántos más habrá utilizado ya.

Ha cambiado el Yelmo de Mambrino por el birrete, la armadura de sus tatarabuelos por la toga y su lanza por la pluma más afilada y certera que jamás se ha desenfundado en este reino, pues con un par de mandobles ha conseguido derrotar a villanos, gobernantes y hasta ajusticiar a caciques de ultramar.

Mi señor ha cambiado, al igual que cambiaron los gigantes que en su día le derrotaron. Mal rayo partiera a quien ha puesto palabras en boca de nuestro amigo Don Miguel en otras ediciones falaces de su libro que se empeñan en decir que murió de viejo en tierras manchegas. Mi buen caballero cabalga más certero y ligero que nunca y ni mil curas o bachilleres podrán convencerme de lo contrario.

También ha rejuvenecido mi corazón pues mi suerte ha cambiado, y antes de dar buena cuenta a estas viandas, procederé a relatarte los últimos hechos que le sucedieron y por los cuales le he reconocido pues para mayor burla de los que le querían mal, éste no sólo no ha perdido el juicio, si no que se ha convertido en juez y ha ganado cientos.

Dejó de leer antiguos libros de caballería para entrar en leyes y jurisprudencia; y tras conocer las aventuras del sin par e ilustrísimo Falcone que, cual rapaz,

fue azote de rufianes y villanos al sur de Italia, decidió ponerse manos a la obra y seguir los pasos de tan valeroso caballero. Duerme poco y cual vigía se pasa las noches cavilando sobre "razones y sin razones" que le lleven a defender las justas causas de ciudadanos de dentro y de fuera de este reino.

Ya llegaron hace años a mis oídos sus batallas y respectivas victorias que trujo con malos gallegos (pues siempre suele ser bondadosa y trabajadora su condición) que lejos de tratar con frutos de la mar como percebes y nécoras, comerciaban con hierbas traídas de las indias que llevaban a la ruina y a la locura a todo aquel que las inhalaba. Pues fue tan ducho en esta lid que solo dos días le bastaron para derrotar este gran imperio y tinglado que estos rufianes tenían montado.

Ha sido azote de políticos corruptos y más aún de aquellos que han causado terror y desgracia en nuestro país: Sarracenos infieles no a nuestra religión, si no a la propia vida, y vascuences cuyas causas tras más de treinta años aún no conocemos. Espero que mi señor nunca sufra una emboscada tan vil y traicionera como la que sufrió su gran inspirador, el juez Falcone. Por desgracia, estos enemigos no acostumbran a dar la cara y a luchar como mandan las leyes de caballería.

Aunque no todo ello fue un historial de gloria que como cuentas de rosario te vengo a relatar pues algún que otro "molinazo" ha sufrido en sus correrías con

politiquillos veletas o sufriendo los encantamientos de su archienemigo, Festón el mago, que logró engañar en la última ocasión a todos menos a él.

Cuenta la leyenda que al sur de tierras indianas un legítimo gobernante fue derrocado por un cacique que se jactaba de haber utilizado la mano más dura de la historia contra su propio pueblo. Tamaña injusticia no pudo pasar por alto mi señor y decidió tomar parte en esta contienda tras escuchar los testimonios de unas madres cuyos hijos fueron arrebatados y entregados a otros hogares, en el mejor de los casos, pues el resto fueron arrojados al mar.

Aprovechando una visita que hizo este cacique a sus amigos de la pérfida Albión para unas curas, mandó apresarlo para que fuera extraditado a tierras patrias y así rindiera cuentas por sus fechorías. Aunque, como buen caballero que es mi señor, garantizó a todo el mundo que jamás sufriría un castigo tan infamante y deshumanizado como los que este villano acostumbraba a llevar a cabo con sus compatriotas, pues ello le rebajaría a su propia condición.

Apresado fue, y ahí es donde intervino Festón el mago, que no cambió gigantes por molinos; en esta ocasión con gran burla hizo confundir hasta al mismo Padre Santo de Roma haciéndole creer que se trataba de un adorable y desvalido anciano e intercedió por él ¡Cuál fue la sorpresa de todos cuando por arte de “virli y virloque” al llegar a su país natal no sólo recuperó la capacidad de andar, si no hasta el habla y el juicio! Este último golpe tuvo que dolerle

más a mi señor que el enfrentarse a todo un parque eólico de los que pueblan hoy día nuestras montañas.

Relatadas estas andanzas de este hidalgo de leyenda y quijote de ensueño, no me cabe duda alguna sobre su identidad y me dispongo a ir presto a la Audiencia Nacional, no en calidad de interesado o condenado, si no como amigo para poder estrechar de nuevo los brazos de tan gran caballero.

Te escribiré de nuevo otra carta desde el Palacio de Justicia y te relataré esa y muchas otras aventuras que esperamos vivir juntos pues, al fin comprendí, que la ínsula que me prometió está en su corazón. Mandaré un carruaje para recogeros a vos y a Sanchica, así mi dicha y felicidad será plena y eterna.

Desta venta en Getafe a 31 de octubre de 2005, tu marido.

(FINALISTA)

## **Camino A Casa**

**Pseudónimo: "Bagoas"**

**Autora: Virginia Crespo Carrasco (Parla)**

Pensé que el regreso sería triste. La última vez que había ido a mi casa volvía con una gran tristeza. Pero esta vez, no fue así. Aunque llevo mucho tiempo viviendo aquí, la verdad es que uno no olvida el lugar donde nace. Al corazón no se le engaña, pues sabe siempre donde tiene su descanso. Mi corazón y el de mis padres, aunque esté lejos de casa, sabe donde encuentra consuelo.

Venía muy contento, con ganas de ver a mamá y contarle todo lo que había hecho. Además me habían dado un montón de mensajes para ella. La abuela me había dado un tarro de compota de frutas para que pudiera hacer tartas. Leyla dice que no se encuentra una compota tan rica en ningún otro sitio. Así que tuve que hacer un esfuerzo enorme por no abrirlo durante los casi cuatro días que duró el viaje.

Quería llegar a casa, abrazarla, sentarme a su lado y contarle como había sido el viaje. Empecé a pensar.... salimos de noche de Estambul y paramos en Pythion, pero no cambiamos de tren hasta llegar a Tesalónica. Luego a Grecia,

parando en Atenas y Patras, donde cogimos un barco enorme hasta Ancona en Italia. El barco era tan grande, que cabían incluso camiones como los que conduce papá, y más de cien coches. Pero aquí no termina el viaje.

En Ancona cogimos más trenes hasta Bologna, y de allí a Milán, Barcelona, Madrid... No quería que se me olvidara ningún sitio. Papá seguro que me ayudaría a contárselo todo bien.

Este viaje había sido muy especial. Seguramente porque mi vida hasta entonces había sido muy especial, sobre todo los últimos dos años.

Hoy, como todos los días, mamá ha venido a mi cama. Me ha dado un beso y ha levantado la persiana. Toda la casa olía a tulumba, un postre muy parecido a los churros españoles. Esto me ha animado a levantarme rápidamente. Mi mamá se llama Fatma. Mamá es una gran cocinera. Papá trabaja como camionero y hay veces que no le veo en varias semanas, porque hace viajes muy largos, de los que siempre trae un montón de aventuras que contarme. Ni a mí, ni a mamá nos gusta que esté siempre lejos, pero papá dice que será sólo un tiempo.

Creo que no gana mucho dinero, porque siempre mira mucho en que gastar el dinero. No nos podemos quejar, siempre hay suficiente para tener comida encima de la mesa. No tengo deportivas tan bonitas como la de mis

compañeros, pero eso no me importa, juego mejor que ellos al fútbol. Siempre me eligen el primero cuando hacen los equipos, y eso me gusta.

Me gusta estar en España, al principio cuando llegué, pensé que nunca iba a entender las cosas que decían los niños de mi colegio. Ahora hablo muy bien el español y estoy contento porque todos los niños de mi clase pronuncian bien mi nombre: Abdullah.

Al principio, me sentía un poco tonto. No sabía hacer nada de lo que me decían y me pasaba el día pintando. Mi profesor se llama Luis y es muy bueno. Me enseñó muchas cosas, aunque los que más me enseñaron fueron mis compañeros de clase. Las primeras palabras que aprendí fueron sus nombres, las palabras recreo, comer y algún insulto que casi no utilizo. Al principio, en el colegio todo me parecía distinto, el colegio era diferente al que teníamos en Estambul. Aquí tenemos un montón de libros y un montón de profesores. Mi clase favorita era educación física, porque podía correr y jugar al fútbol como en Estambul y no hacía falta que hablara con los demás. La música también me gusta mucho, sobre todo cuando nos dejan tocar los xilófonos o las panderetas.

En mi clase los niños y niñas son muy vergonzosos. Cuando hay que bailar al ritmo de la música que pone el profe, se ríen y no quieren moverse. Yo quiero bailar, pero como nadie baila, me tengo que quedar quieto. En Estambul no dábamos música en el colegio, tampoco bailábamos, pero conozco muchas canciones que mi familia canta en las fiestas.

Recuerdo el día en que circuncidaron a mi primo Mustafa. Toda la familia lo celebramos cogiendo uno de los barcos que atraviesan el Bósforo para llegar hasta Izmit en Asia. En la travesía mis tíos se pusieron a cantar y bailar en círculo una de las canciones tradicionales, mientras que mamá grababa con la cámara de video y las demás mujeres no paraban de reír.

A la asignatura de religión yo no puedo ir. El primer día incluso me puse a la fila con el resto, pero Luis me dijo que no, que yo no.- ¿Por qué?- Me pregunté. Ahora entiendo que no puedo ir, aunque a veces pregunto a mis compañeros por las cosas que hacen. Me hablan de Jesús, de su madre y de su Dios.

Yo aquí también voy los viernes a una mezquita, a rezar a mi Dios. Esta mezquita no es una mezquita como las de Estambul, ni siquiera se parece a las pequeñas mezquitas que hay en los pueblos de Asia. Es demasiado pequeña, la luz no viene de esas grandes lámparas que adornaban la mezquita de Estambul, ni las alfombras parecen iguales. Cuando está papá, voy más contento, él no me regaña cuando se me olvida descalzarme.

Yo he ido aprendiendo las cosas poquito a poco y siempre he preguntado lo que no sabía. Aunque a veces se han reído de mí por eso. Un día, me atreví a preguntar que significaba ese "MB" que Luis ponía en rojo en mi cuaderno. – Muy bien, "MB" es muy bien- dijo Luis con una gran sonrisa.

A veces se les olvida que hay muchas cosas que no entiendo. Otro día el profe Luis me preguntó si sabía lo que era una laguna, yo le dije que sí. Estaba seguro de que lo sabía. Lo había visto anunciar cien veces en la tele. –Un coche, profe- dije muy convencido. Pues no, no era un coche, el capitán barba azul no escondía el tesoro junto a un coche, sino junto a un poco de agua. Desde ese día decidí no asegurar que sabía nada.

Mi familia es lo más importante para mí. Desde que hace dos años vinimos a España, mamá y yo hemos estado más unidos que nunca. En Estambul teníamos mucha familia, así que yo siempre estaba con mis primos y mamá con sus hermanas o con la abuela Leyla. Pero ahora, vamos juntos a todos los sitios y yo le cuento todas las cosas que me pasan. Incluso soy yo quien le enseño palabras en Español.

Ella dice que está contenta de estar en España pero yo veo que a veces está triste. No sé, quizás le pasa como a mí, que me pongo triste porque me acuerdo de todas las cosas que hacíamos en Estambul y que ahora no podemos hacer. Lo más bonito era cuando nos reuníamos toda la familia para celebrar alguna fiesta. Mis preferidas eran el Bána o fiesta del cordero y el Ramadán. Recuerdo como preparábamos todo para el gran Sunkasun salé, que es la celebración final del Ramadán. En Estambul, salíamos de casa e íbamos a rezar a un patio muy grande que habíamos limpiado y preparado el día anterior. Acudíamos papá, el abuelo, mis primos, mis tíos y yo.

Una de las cosas que más me gusta hacer, es ir al locutorio y hablar con mi familia. Ayer hablé con el abuelo Mehmet y me dijo que hacía un mes que habían ido a la capadocia al concurso internacional de vino en Ürgüp y que habían traído más de doscientos litros de vino blanco y tinto de excelente calidad. Y es que el abuelo entiende mucho de vinos. Tiene una tienda de licores y vinos cerca del gran bazar.

Es sobre todo una tienda para turistas, lo que más se vende es el raki, la bebida nacional, una especie de aguardiente con sabor a anís que mamá no me deja ni probar, pero que mi primo y yo un día probamos a escondidas.

El abuelo me dijo que el próximo año le gustaría llevarme con él y eso me hizo muy feliz. Nunca antes había querido llevarme en uno de sus viajes, pero ahora que soy mayor creo que me dejará. Mi abuelo es un hombre que ha tenido que trabajar mucho para que su tienda cada vez fuera más grande y más importante. Siempre se enfadaba cuando se enteraba de que otras tiendas ponían las bebidas más baratas a los turista, pero ahora, papá dice que eso ya le da igual. Lo único que no importa es que estemos lejos de su casa, de nuestra casa. Aún recuerdo el día que se despidió de nosotros. Un fuerte abrazo y después se llevo la mano al corazón para demostrar su afecto.

Dentro de poco volveré a llamar porque será mi cumpleaños. Ese día siempre hablo con mi familia y sin duda, este año les daré una de las mejores noticias

que han escuchado en mucho tiempo. Así fue como yo me enteré de la sorpresa que mis padres me tenían preparada.

- ¡Dentro de poco será mi cumpleaños! -Dije gritando con gran entusiasmo.

- ¿Qué deseas que te regale?- preguntó mi padre.

- ¡Oh, nada!- dije yo, pues sabía que era difícil que pudieran regalarme algo realmente valioso.

- ¡Pues tenemos algo para ti! -Dijo mamá, poniendo una voz muy misteriosa.

- Creo que este año te vamos a hacer un regalo muy especial, un regalo que nunca tendrán los otros niños de tu clase.

Esto me dejó desconcertado, ¿cómo iba a tener yo, algo que no tuvieran los niños de mi clase? Papá y mamá no debían saber que ellos tienen todas las cosas que a un niño puede desear. A pesar de mis súplicas, mis padres no quisieron decirme en qué consistía el regalo que pensaban hacerme. Cuando les preguntaba, ellos solamente se reían y yo acababa riéndome con ellos. ¡Tenía que ser algo realmente maravilloso, ya que lo guardaban con tanto secreto! Otras veces poniéndome un poco pensado, conseguía lo que quería, pero esta vez fue imposible. ¿Sería un coche teledirigido?, ¿O una de esas máquinas de videojuegos?, ¿Un balón nuevo de reglamento? Podía imaginarme las cosas más espectaculares.

El día anterior al cumpleaños no podía tranquilizarme. No lograba estar atento en la escuela y sólo esperaba a que tocara el timbre. Ya en casa me pasé la

tarde preguntando a mi madre cuando tiempo quedaba para mi cumpleaños.

Ella se reía y me decía:

-Faltan ciento doce minutos para tu cumpleaños.-

Aquella noche tampoco podía dormirme. Me daba vergüenza decírselo a mamá, pues ya soy muy mayor para ir a su cama diciendo esas cosas. Eso es lo malo de crecer, tienes que ir dejando de hacer cosas que siempre habías hecho y que te habían gustado mucho. Menos mal que mamá es un poco adivina y apareció en mi cama con un vasito de té caliente. Se sentó en la cama y cogiéndome la mano me contó esta historia:

-Había una vez un hombre a quien le parecía que pasaba mucho tiempo entre un cumpleaños y otro. Como era muy rico y estaba acostumbrado a conseguir siempre todo en la vida, le dijo a su mujer: Desde mañana mi cumpleaños se celebrará todos los días. Mi cumpleaños será mañana, pasado, el otro y el otro... y así durante todo el año. Cada día quiero que me traigas una gran tarta con velas encendidas, rodeada de varios regalos.

Su mujer no tuvo más remedio que obedecerle. Le felicitaba a diario, le besaba y hasta le tiraba de las orejas. Así pasaron los meses y al hombre, eso cada vez le hacía menos gracia. Ni siquiera se ponía contento. Un buen día, el hombre exclamó: - ¡No puedo más!, ¡Demonios!, ¿Cuándo es mi verdadero cumpleaños?

- Tu verdadero cumpleaños fue hace dos semanas –dijo su mujer.- No lo has podido apreciar porque lo celebras todos los días-.

Así fue como el hombre se dio cuenta de lo estúpido que había sido, y volvió a celebrar su cumpleaños una vez al año igual que las otras personas.

Pobre hombre, pensé entonces. Debió esperar su próximo cumpleaños durante un año entero. En cambio yo, sólo tengo que esperar una noche. Ya más tranquilo decidí cerrar los ojos y esperar a que el sol me despertara.

Cuando abrí los ojos, salté corriendo de la cama y entré en la habitación de papá y mamá.

-¡Buenos días, hoy es mi cumpleaños! Recibí muchos besos y me desearon todo tipo de suertes. Los obligue a levantarse de la cama porque no podía esperar más. La abuela Leyla siempre decía que la paciencia no era una de mis virtudes.

Al entrar en el comedor, vi una inmensa tarta de cumpleaños como las que vendían en Estambul. El hojaldre, decía “cómeme” y no me resistí a coger un pistacho untadito en almíbar. Pero... ¿dónde estaba el maravilloso regalo que me habían prometido? Sólo veía una cartera grande, que además, parecía estar vacía. ¿me regalaban solamente una mochila para las excursiones del colegio?

- Es muy bonita ¿verdad?- dijo papá. - Tu madre se ha encargado ella misma de hacer la mochila. Es mucho más bonita que las que se pueden encontrar en cualquier tienda-.

Ahora entendía porque oía siempre la máquina de coser cuando me iba a la cama. Y aunque de verdad me parecía que era preciosa, no pude evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas. Ni siquiera me habían podido comprar un pequeño juguete. Pero entonces oí a mamá que me decía: -Querido Abdullah. Sé que deseas ver a los abuelos y a tus primos. Y aunque no es que tengamos mucho dinero para poder pasar unas vacaciones espectaculares. Creo que te gustará lo que hay dentro de la mochila.

Yo no podía aguantar más. Rápido, tiré de las correas y en el fondo, pegado al cuero había un papel. Cuando lo saque empecé a leer rápidamente: Abduhall Karim, Inter rail, zona G, España, 20 de junio... Yo no entendía nada de lo que ponía y mis ojos no podían leer más rápido, menos mal que papá me explicó:

- Lo que tienes en tus manos es un billete de tren para que viajemos a Estambul. Yo tengo otro para mí. No llegaremos tan rápido como cuando vinimos en avión, pero la espera será bonita. Además en el viaje conoceremos muchos sitios bonitos y veremos cosas que nunca antes has visto. Como ves, la fecha de salida coincide con tus vacaciones escolares, así tendremos unos días para preparar el viaje y ver por qué lugares nos conviene más pasar.

- ¡Muchas gracias, muchas, muchas gracias! Es el mejor regalo que me podríais hacer. Nunca tuve un regalo tan maravilloso.

**(FINALISTA)**

**DESMONTANDO LA**

**MONOTONÍA**

**Pseudónimo: Hierro 3**

**Autora: Rosa Huertas Ferrer (Ciempozuelos)**

#### **DESMONTANDO LA MONOTONÍA**

Suena el despertador. Manotón y media vuelta. Pasan diez minutos. Suena el despertador. Manotón y vuelta y media. Otros diez minutos y el ruido estridente vuelve a ocupar el vacío de la habitación y de su cabeza. Ya no hay alternativa. Se sienta en la cama, saca una pierna y busca su zapatilla en el suelo entre la ropa tirada, la encuentra y prueba suerte con la otra. Se levanta – pequeño mareo y estrellitas – se dirige al baño malamente, se ha puesto el calzado al revés, se lava la cara con agua fresca y le hace sentir un poco más vivo; en la sucia y desordenada cocina se acaba el café frío de ayer, se viste rápidamente y sale de casa. Baja corriendo las escaleras, casi se tropieza con el escalón suelto, saluda al portero, corre al autobús, lo coge de milagro y empujando al resto de legañosos individuos se posiciona; se tiene que agarrar

varias veces – una de ellas al brazo de una malhumorada mujer que casi le fulmina con la mirada. Ya en el trabajo se sienta frente a su mesa – ya no le hace falta contar las filas y consultar su pequeño mapa de la oficina para situarse. Cuando llegó la primera vez, su frágil memoria le evocó “El apartamento” y “Play Time”, y eso le produjo escalofríos. Ahora ya se ha acostumbrado, es un buen actor. Pasa el día con la mirada fija a la pantalla del ordenador, excepto las raras consultas a un libro-guía que le explica todo lo que hay que hacer en cada momento de duda. Dedicar diez minutos a tomar un sándwich a media mañana, treinta minutos a comer algo de comida prefabricada, cinco minutos a mirar por la ventana cuando se está poniendo el sol y entonces recoge lo poco que tiene sobre su mesa y mientras suenan siete golpes secos en el gran reloj, observador durante toda la jornada de trabajo a todos los trabajadores, se marcha.

Alguna tarde se une a algún grupito de “compañeros” de trabajo y toma una cerveza en un bar. Raras veces. No le gusta mucho hablar, y en esos momentos se ve obligado a forzar una conversación que en realidad no le interesa. Después se despide con cualquier excusa, vuelve caminando a su casa, por calles oscuras y silenciosas, ya no está el portero, sube las escaleras y tropieza con el escalón de siempre, abre la puerta y nota como el vecino le observa por la mirilla, y directamente se abalanza contra el tullido sofá. Primera opción, la televisión. Pasa canal tras otro y no encuentra nada interesante. Segunda opción, la lectura. Busca el libro ya reiniciado demasiados intentos pero no se concentra, y al rato lo tira. Última opción, música. Presiona el botón del play y una suave melodía inunda el piso. Descorre las cortinas y abre la

ventana. El aire enseguida le recorre la piel, nota como los pelos de los brazos se mueven con él, y como se introduce hasta los pulmones y luego lo expira. Su mirada se pierde entre los tejados de diferentes tipos y colores, las antenas, las delgadas chimeneas, las anaranjadas y tranquilas calles violadas por algún transeúnte zigzagueante. A lo lejos todo esto se pierde y únicamente se distingue la línea horizontal de la lejanía, y es entonces cuando se cuestiona el sentido de su existencia. Se siente espeso, incapaz de pensar con claridad. Le gustaría despojarse de todo lo que le rodea, de los prejuicios y costumbres, de los horarios, de las miradas amenazadoras, de la corriente que le empuja hacia donde él no quiere ir... Le gustaría dar un quiebro brusco en su camino, buscar la felicidad... Le gustaría volar....

Suena el despertador. Manotón y media vuelta...

\* \* \*

Era un día como otro cualquiera. Quizá hubiera alguna nube más de lo normal en el cielo, oscureciendo levemente el ambiente. En la calle se desarrollaba la actividad propia de una mañana de trabajo, gente yendo y viniendo de las tiendas, furgonetas descargando su mercancía, el policía llamando la atención a los temerarios que arriesgan su vida por cruzar antes de que el semáforo se torne al verde,...

A él se le veía venir caminando tranquilamente con una expresión en el rostro que mostraba sosiego. Acababa de atravesar las grandes puertas de cristal reluciente que limitaban su oficina con el resto del mundo, dejando tras de sí una nota sobre la fría mesa, compañera demasiados años. Una breve nota cortés pero tajante:

“Siento cualquier molestia que pudiera ocasionarles, pero he decidido dejar la empresa. No puedo quejarme para nada del trato que he recibido por

ustedes, y he pasado aquí buenos momentos, pero esta mañana al despertarme he sentido una extraña sensación, acompañada de una inusual ansiedad que me ha conducido a un único foco: la felicidad. Necesito encontrar la felicidad”.

Y ahí está él, caminando tranquilamente, llevando consigo una meta. Saludando con expresión alegre, dejando paso a la anciana cargada con las bolsas del supermercado, interesándose por los hijos del vendedor en el puesto de periódicos, sonriendo al portero y ayudándole a meter los cubos de basura al portal, entrando en su casa y cogiendo un bolso con algo de ropa, agua, una libreta y un lápiz.

A partir de ese momento caminó y caminó sin mirar jamás hacia atrás. Cuando era pequeño había oído de un lugar en el que apenas habitaban personas y donde el paisaje estaba prácticamente virgen. Tardó bastantes días en llegar, en los que conoció gente diversa y en los que le ocurrieron extrañas escenas, como la que sucedió una noche durmiendo junto a una pequeña ermita. Cuando ya había conciliado el sueño empezaron a sucederse personas con botellas que llenaban en una fuente próxima. No sabía si era por la curiosidad que despertaba su presencia allí o porque no tenían agua corriente en sus casas.

También conoció a otros peregrinos que como él dirigían sus pies donde dictaba su cabeza y que buscaban una paz interior imposible de encontrar formando parte de la tela de araña pegajosa que es la sociedad. Estos le contaban historias de raros lugares que habían visitado e intercambiaban impresiones.

Conforme pasaba el tiempo se iba despojando de los temores, tristezas, agobios que había ido adquiriendo, y se sentía mucho mejor consigo mismo. Podía pensar libremente, sin influencias desconocidas y sin ideas preconcebidas.

Así, poco a poco se acercaba a su destino. Los pies le dolían bastante y estaban deformados por las ampollas. Había adelgazado y su piel oscura acartonada contrastaba con la blancura de su barba. Parecía un naufrago y la poca gente con la que ahora coincidía se quedaba distante, no atreviéndose a

hablarle, únicamente a mirarle con una expresión entre la curiosidad y el miedo. Estaba adentrándose en tierra de nadie.

Cuando al fin llegó, no se sintió defraudado. El paraje era tal y como se lo había reproducido en su imaginación. Reinaba la tranquilidad y la pureza limitando con el salvajismo.

Y allí se instaló. Buscó un lugar idóneo para pasar una larga temporada y ralentizó sus constantes vitales. Comenzó su depuración. Su vuelta a la vida.

\* \* \*

Después de bastantes años algunos decían haberle visto por la ciudad totalmente distinto; unos le recordaban con un halo brillante y morado rodeándole todo el cuerpo, otros contaban que si te miraba a los ojos podía embrujarte. Algunos describían escenas imposibles de creer, como que se sentaba en los bancos con las piernas cruzadas y suspendido en el aire, que movía objetos mediante telepatía, que era capaz de curarte de todos los males o mandarte al infierno para siempre....

Corrían rumores de todo tipo sobre aquella persona que había abandonado su monotonía para llevar él mismo las riendas de su destino. Y eso a la masa espesa que forma la sociedad le asusta. Un ser independiente como aquel podía desmontar el tinglado que se había construido para establecer la comodidad y marcar los raíles a la mayoría.

Al final la verdadera historia se deformó totalmente. Primero le pintaron las gafas, después el bigote, las greñas, unas orejotas,... y por último un lunar gordo con largos pelos en la mejilla izquierda.

\* \* \*

El viento sopla suavemente haciendo estremecer mi cuerpo desnudo. El sol posa sus cálidos rayos sobre mi superficie y su calor es mitigado por el frescor del aire. Extiendo los brazos, miro al cielo, aspiro profundamente y poco a poco dejo escapar algo de mí. Cierro los ojos. Ahora siento todo mucho más intenso; el sudor recorriéndome lentamente desde la sien hasta los pies, la arena golpeándome, el sonido de las hojas chocando unas con otras, el olor de la humedad, el aire robándome la gravedad,... Abro los ojos y el vértigo se

apodera de mí durante un breve instante, tras el que vuelvo a recuperar el dominio de la situación.

Ahora es el viento el que me arrastra consigo y me devuelve la felicidad.

Ahora formo parte de esa línea horizontal que podía vislumbrar difusamente en la lejanía desde mi ventana.

Ahora vuelo...

***Hierro3***

**(FINALISTA)**

## **Hilos de esperanza**

**Pseudónimo: Tixola**  
**Autora: Puy Crespo Carrasco (Parla)**

Kolar. La India.

Este es el último recuerdo que tengo de mamá. Sentada en su pequeña silla, remendando la ropa vieja de mis hermanos pequeños. Cuando una prenda estaba tan rota que era imposible zurcirla, mamá la cortaba en tiras para el acolchado de las chaquetas de invierno. Con los zapatos hacía lo mismo, remendaba los agujeros y pegaba con suma destreza las suelas.

Mamá murió, y no se despidió de nosotros. En los últimos años había visto muchas inundaciones, pero ninguna había sido tan vertiginosa y fulminante como la que acabó con la vida de mi madre. Las aguas corrían como ladrones, arrastrando a las personas junto con cualquier cosa que no tuviesen firmes raíces en la tierra. Una vez que la lluvia amainó, los cauces se vaciaron con rapidez y las bocas de las cuevas tragaron tierra, árboles, cuerpos y huesos. Entonces el dolor y la tristeza llegó a los que habíamos sobrevivido a las inundaciones.

Esa fue la primera desgracia en mi vida. Mi padre no tardó ni dos meses en buscar otra mujer que viniera a nuestra casa y estropease todo lo que mi madre había tardado años en construir. No tardó en sacarme de la habitación

de mis hermanos y trasladarme a la de los animales, con el pretexto de que así podría cuidar a las vacas cuando pariesen. De esta forma ni ella ni mi padre tendrían que levantarse para ayudar en los partos en mitad de la noche.

Durante muchísimo tiempo soñé que mi madre dormía conmigo. Yo siempre estuve a su lado y creo que este fue el modo en que mi madre se fue despidiendo de mí, poquito a poco, para que yo no notara su ausencia.

Mis tres hermanos siempre habían estado más apartados de mamá. Trabajaban muy duro en las pequeñas tierras que poseíamos mientras yo cuidaba de las vacas y hacía todas las cosas de casa bajo el mando de mamá. El cuidado de los animales era agotador. Su lana no era muy buena, pero su estiércol era la única forma que teníamos de seguir cultivando una tierra que había sido labrada durante años. Sus excrementos nos servían como combustible para encender el fuego y también para hacer la argamasa de la casa. Nuestra supervivencia dependía de que las vacas estuvieran sanas y no fueran robadas. Yo era la responsable. Ahí estaban todos mis desvelos.

Después de mí, sólo nacieron varones. Quizás mis padres se vieran obligados a deshacerse de alguna hija, pero eso yo no lo sé. Mi padre quería hijos, no hijas. Mi padre se había asegurado una vejez cómoda y placentera con el nacimiento de sus tres hijos, sólo debía conseguir un buen matrimonio para ellos. Además las hijas cuestan dote, y eso para una pobre familia como era la mía era algo muy difícil de conseguir. Mi dote estaba preparada desde hacía años, mi madre se había encargado de ello. Pero nunca llegó a hacer falta. Cuando hubiera cumplido quince años me debería casar con Ravi, un chico tres años mayor que

yo de un pueblo cercano. Su familia era conocida de mis padres pues desde hacía varias generaciones vendían las vacas necesarias a mi familia.

Tendría que haber ido a vivir a la casa de mi esposo y complacerle de por vida, además de trabajar para él y su familia, pero el destino quiso que Ravi muriese el siete de febrero de 1981. Lo recuerdo con exactitud, pues fue una gran desgracia para mi familia. Era la época de los grandes calores, cuando los mosquitos estaban más felices que nunca y la fruta que quedaba al sol se pudría en menos de una hora. Mi padre estaba sentado a la sombra del gran árbol del patio, esperando oír noticias sobre las posibles lluvias que venían anunciando desde hace días, cuando un hombre que yo no conocía se acercó corriendo a mi padre para decirle que Ravi había muerto.

Ravi tenía once años, y había ido al circo de Bangalore. Allí la carpa se incendió muriendo más de cien personas, entre ellos muchos niños como Ravi. Más de quinientas personas resultaron heridas y salió en todos los periódicos nacionales. Después de lo ocurrido, estaba clara una cosa: tendría que vivir más tiempo en mi propia casa, lo que suponía unos gastos que mi padre no tenía posibilidades de pagar por mucho tiempo. No había forma de buscarme otro marido.

Tres años después de la muerte de Ravi mi padre y mi madrastra decidieron llevarme a Madrás, una ciudad costera al este del país. No me dijeron nada acerca del viaje, sólo que debía ponerme lo mejor que tuviera. Corrí hacia el baúl y busqué entre las prendas que tenía y aquellas que habían pertenecido a mi madre. Finalmente me decidí por un sari que mi madre había heredado de su tía cuando ésta tuvo que marcharse con lo puesto huyendo de una de las

cóleras que había asolado todos los poblados del sur de la India hacía veinte años. A decir verdad no estaba tan pasado de moda, tenía mangas cortas y una tela hilada en tonos estivales: el cuerpo era lila y los ribetes y las tirillas del bajo, verde hoja. Rápidamente me deshice las trenzas y me peiné con un peine húmedo.

No sabía dónde iba ni que es lo que iba a tener que hacer en Madrás pero intuía que era algo muy importante, pues todos mis hermanos dejaron sus tareas en el campo para venir a despedirse. Mi propio padre abandonó su trabajo durante dos días enteros para acompañarme en un bullicioso tren a la ciudad, que estaba a casi cuatrocientos kilómetros de distancia.

Madrid. España.

Nos conocimos en una clase de aeróbic a la que me apunté por recomendación médica. La desviación de mi columna estaba siendo cada vez más dolorosa y el número de horas que pasaba sentada en la silla de la oficina no ayudaba demasiado. La solución parecía sencilla, había que fortalecer los músculos de la espalda para que la columna sufriera lo menos posible. El firme propósito de apuntarme a un gimnasio significaba una pequeña victoria. Fue mi primer intento de hacer ejercicio en muchos años. Yo soy delgada por naturaleza, de manera que no tenía un incentivo para ir al gimnasio. Además tenía que pagar treinta y seis euros mensuales por saltar sobre una máquina que te hace correr como un hámster en una rueda. Realmente el deporte nunca había ido conmigo. Además mi trabajo de abogada para una empresa de seguros nunca

me había dejado mucho tiempo libre. Pero a veces las cosas vienen como menos te lo esperas.

El primer día de gimnasio, entré en una abarrotada sala de gimnasio, de unos treinta alumnos, en su mayoría mujeres. Lo cual me alegró. Eché un vistazo y me sentí como el patito feo, todas llevaban las uñas de las manos pintadas y perfectamente limadas. Sus mallas y camisetas estaban conjuntadas incluso sus cintas del pelo eran de los mismos colores. Yo sin embargo llevaba unos pantalones cortos dados de sí que sólo me servían ya para dormir en verano y una camiseta de publicidad. En fin, era evidente que no buscaba ligarme a nadie.

A mi derecha después de cinco minutos de clase, llegó un chico que calculé tendría mi edad. Era un poco más alto que yo, muy delgado y atlético. Se puso a mi lado. Yo me había puesto en su sitio. Esto le sirvió para ofrecerse a traer mis pesas de manos y decirme su nombre. Se llamaba Sergio.

Enseguida me acostumbre al ritmo de las clases. Lo que peor llevaba eran los primeros ejercicios de flexibilidad. Sergio bromeaba y me decía que sobrepasaba en poco el rigor mortis. No tardamos en empezar a salir juntos. Él trabajaba como colaborador en la ONG Cersal en distintos países, pero especialmente él llevaba proyectos en la India.

Durante mucho tiempo el trabajo de Sergio me resultó una tomadura de pelo. Pensaba que era la mejor forma de ganar dinero y que los demás pensarán que estabas haciendo una buena acción. Imaginé que Sergio veía en esto una forma fácil de ganar dinero y viajar por todo el mundo, compadeciéndose de las

desgracias ajenas. Mi trabajo no era nada atractivo. Intentar conseguir el mayor número de ingresos para la empresa de seguros a cualquier precio, nunca me había motivado. Pero el primer empleo siempre es tentador, además si está bien pagado no piensas en las horas de trabajo, los dolores de cabeza, ni en que tu vida se desarrolla en los doce metros cuadrados de la oficina. Sin embargo, cada día el esfuerzo, las horas y los disgustos eran mayores.

Sergio trabajaba sin desmayo, pues sabía que de su trabajo diario dependía la vida de muchas personas, a las que ni siquiera conocía. Esto me sirvió para descubrir que el trabajo de Sergio era realmente vocacional, incluso llegue a involucrarme en algunos aspectos legales de sus proyectos que nunca hubiera imaginado me podrían haber interesado. Después de dos años de relación, decidimos casarnos y el viaje de luna de miel no podía ser a otro sitio. La India.

Madrás. La India.

Todo era nuevo para mí, la gente vestía con ropas modernas y sus caras no parecían tan tristes, tan cansadas y tan viejas como las que había visto en mi pequeña aldea. Pasamos por edificios que nunca hubiese imaginado se podrían construir, entre ellos un gran templo, que luego conocería con el nombre de Kapaleshwara Shiva. Entramos en un edificio de tres plantas, construido con madera y paja que resultó ser una tienda, mi padre estuvo poco más de diez minutos, debían tener todo acordado de antemano. Vendían de todo, pero las dos plantas superiores estaban llenas de alfombras. Yo no me di cuenta de lo que hacíamos allí, hasta que mi padre se despidió de mí y un señor me llevó a la parte trasera del edificio. Allí había siete niños, más o menos de mi edad,

incluso dos más pequeños que estaban ocupados en coser y anudar distintos tipos de cuerdas.

Después de una tormenta de pensamientos, supe claramente lo que había pasado conmigo: Mi padre me había vendido. Tenía once años, aunque como era un poco baja para mi edad mi padre me obligó a decir que tenía nueve años. Supongo que así era mucho mejor para todos, en especial para mi padre que ganaría más cuanto más pequeñas fueran mis manos.

A los tres días de estar allí sabía como funcionaban todas esas máquinas que habían sido diseñadas para manos tan pequeñas como las nuestras, máquinas en miniatura, que todos manejaban a la perfección. Las alfombras de algodón que nosotros hacíamos eran muy valiosas, sobre todo para los turistas que visitaban la ciudad y que incluso, a veces, visitaban nuestro taller.

Dormíamos allí mismo entre los hilos que aun no habíamos tejido. Por lo que pasaban muchos meses sin que viéramos la luz del día o paseáramos por un sitio que no fuera el pequeño patio de la tienda.

Allí viví durante cinco años, en los que todavía no entiendo como sobreviví. Con dieciséis años sabía que no me quedaba mucho tiempo de estar allí. Mi cuerpo iba creciendo y desarrollándose, aunque mis dueños pensarán que era dos años menor, mis manos no engañarían por más tiempo a nadie.

Seguía siendo muy hábil con los nudos y mi labor era muy importante en la tienda. Era capaz de teñir los hilos sin quemarme las manos y transportar los fardos de lana con mucha rapidez, además nunca estaba enferma con lo cual era muy rentable para mis dueños. Sin embargo tenía que escapar de allí como

fuera, o dentro de poco tiempo se desharían de mí. Seguramente me venderían de nuevo, como lo había hecho mi padre conmigo, a no sé quien.

El plan para huir había estado en mi cabeza desde que entré en la tienda. Pero el miedo había sido mayor que mis deseos de huir y enfrentarme a un mundo nuevo en el que no sabía como sobre vivir. Cada semana llegaban los cargamentos de hilos y salían por el portón trasero sacos con muchas de nuestras alfombras. Una furgoneta las llevaba a algún sitio, imagino que a alguna otra tienda. En este tiempo siempre había un chico encargado de abrir y cerrar las puertas, transportar los sacos y subirlos a la furgoneta con ayuda de conductor. Yo había vigilado muchas veces la operación y aunque salir no era fácil, tampoco era imposible con un poco de ayuda. Tenía que hablar con los demás niños del taller para que ellos me ayudaran. Tenía que pensar en algo que a ellos no les perjudicara, algo de lo que ellos no fueran responsables y que nunca pudiera causarles problemas.

Si los chicos armaban algún ruido en el taller, irían rápidamente a ver lo que ocurría, ese era el tiempo que yo necesitaba para salir corriendo hasta unos cubos de basura que siempre estaban llenísimos de bolsas. Eran los contenedores de uno de los mejores hoteles de Madrás "Choal Sheraton" y muchos mendigos se reunían alrededor de los contenedores para abrir las bolsas y buscar algo de comida.

Los martes era el día de la entrega y yo estaba preparada. Los chicos sabían cuando tenían que dar la voz de alarma. La única encargada de mezclar los tintes era yo, debía calcular la cantidad exacta de pigmento para conseguir el color adecuado. Cogí todos los botes que había en la estantería, incluso los de

azul ultramar que sólo se utilizaban en encargos importantes. Los eché, los mezclé y mezclé hasta asegurarme que todo estaba tan mojado y mezclado que no se podría hacer nada para salvarlos. Entonces corrí hasta detrás de la puerta esperando oír las voces de los chicos. Eran voces de libertad, empecé a correr sin mirar a atrás. Me parecieron kilómetros, era el mayor recorrido que había hecho en los últimos cinco años. Todo era como había visto tantas veces, cubos, bolsas, gente, mucha gente, pero ahora entre ellos estaba también yo.

No sé lo que pasaría en la fábrica, no sé si me buscaron por la ciudad para darme un castigo. Pasé en la calle algunos meses, buscando comida en los cubos y pidiendo en las calles a los turistas que pasaban. Conseguía comer pero la calle era un lugar peligroso. Tenía miedo de ir a las casas de acogida pues sabía que mis dueños habrían dado orden de detenerme, por lo tanto entendí que tenía que salir de la ciudad o moriría de alguna enfermedad. Caminé durante días, me pareció que había hecho muchos kilómetros pero realmente sólo estaba a las afueras de la gran Madrás.

Con heridas en los pies, sin nada que poder vender o que ofrecer, hambrienta, sucia, cansada y con piojos me acerqué a la primera casa que encontré. Se llegaba subiendo por un camino escarpado y tortuosos que nacía junto a la línea de ferrocarril. Tenía los pies destrozados y estaba helada. Era otoño, y los árboles desnudos parecían un ejército de esqueletos que protegían la colina y la casa situada en la cima. Cuando abrí la cancela, nadie salió a recibirme. Entonces caí al suelo.

Calcula. Madrás. Kalakshetra.

Hicimos la maleta para un mes sin demasiada ropa, tenía ganas de comprar esas preciosas faldas de seda y gasa que sin botones ni cremalleras realizan las mujeres indias. El avión nos dejó en Calcuta, donde estuvimos seis días. Junto a las calles más céntricas, los edificios más modernos y lujosos se codean la pobreza y la miseria más absoluta.

Dejé Calcuta sin acostumbrarme a pasear acompañada del hambre y la muerte. En un vuelo interno con la compañía Air India llegamos a Madrás. Entonces una fuerte sensación de incertidumbre y ansiedad llenaron mi cuerpo. Tenía ganas de ver con mis propios ojos en lo que Sergio había puesto tantas horas de los últimos años. Nos hospedaríamos en el pequeño orfanato que la ONG Cersal tiene a las afueras de la ciudad, era la zona de Kalakshetra.

Decidimos coger un *rickshaw*, uno de esos característicos triciclos de pedales que son los auténticos taxis de la India. Aunque era principios de noviembre y el calor no era muy acuciante la humedad nos dejó exhaustos. Según nos acercábamos a la colina de Kalakshetra, donde se encontraba el orfanato, las vistas eran más impresionantes. Doce kilómetros de gran playa de arenas blancas. Custodiada muy de cerca por lo que parecía un desfile de verdes y fuertes palmeras y exóticas casuarinas. Por un momento olvide que nos encontrábamos en la India, que íbamos en un coche arrastrado por la fuerza de un famélico hombre y que la estampa de la ciudad había sido igual de desoladora que la de Calcuta: leprosos que piden alrededor de los templos, hombres desnudos que caminan apartándose las moscas del cuerpo, los vendedores que asaltan a los turistas para que entren en sus tiendas o restaurantes.

En el orfanato todo el mundo esperaba nuestra llegada aunque era tarde. Sergio saludó con entusiasmo a algunas de las personas que conocía de otros viajes. La cena fue todo un regalo de bienvenida: *nan* con pollo al estilo *tandoori*.

Enseguida me familiaricé a los días en el orfanato. Todo era rutinario y nuevo a la vez. Ayudaba en las tareas de la cocina, cosa que me alegraba mucho pues podría aprender los platos típicos de la India y sorprender a toda mi familia cuando regresara a casa. Por las tardes paseaba por las inmediaciones de la finca mientras Sergio elaboraba los últimos trazos de la ampliación y mejora del orfanato. Por las noches me encargaba de la vacunación contra la polio, tarea que consistía en depositar unas gotitas en la lengua de los pequeños.

Kalakshetra. La India.

-¿Cómo te llamas? ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

Preguntas, preguntas que entendía pero que no me era fácil contestar. Durante los años que había estado en la fábrica había aprendido algo de inglés para poderme entender con los dueños, pero ahora tenía miedo a contestar. Por fin, las palabras salieron de mi boca: Meena. Meena. Me llamo Meena.

Mi madre me había puesto ese nombre porque había nacido en el mes de unas grandes inundaciones y sin embargo había nacido sana y fuerte. Meena significaba pez. Hacía años que nadie me había preguntado mi nombre, hacía años que nadie me había preguntado nada sobre mi vida. Una sensación reconfortante recorrió mi cuerpo con sólo decir mi nombre. Estuve muchos días en cama, no sé por qué, pero una mujer cuidaba de mí.

Aquella casa era un orfanato para niños abandonados y la mujer que me recogió era una española que estaba de vacaciones en la India. Marta, se llamaba Marta. Ella me encontró tirada en la entrada de la finca, pensó que llevaba allí mucho tiempo y que estaba muerta. Después de comprobar que respiraba, me cogió en brazos y me llevó hasta la enfermería.

Fue a Marta a quien con ayuda de una niña que conocía bien el *hindi* le conté lo que había sido mi vida. Ahora sé que al principio no creyó lo que le estaba contando, pensó que era una historia para poder permanecer en el orfanato pues yo no tenía edad para ello. Fue Marta quien me enseñó el orfanato y me enseñó algunas palabras más en inglés. Fue Marta quien se encargó de que tuviera una cama en el orfanato y una labor que hacer en él.

Me dediqué a cuidar a los niños. Casi todos eran niñas, niñas que sus padres habían decidido abandonar antes de esclavizarlas, como había hecho mi padre conmigo. Me descubría en cada niña que abrazaba, pues una de esas niñas podía haber sido yo.

Marta se fue al poco tiempo del orfanato. El trabajo de Sergio había llegado a su fin y no podían permanecer en la India por más tiempo. Enseguida me empezaron a llegar cartas suyas, preocupándose por mi vida, mi trabajo en el orfanato y todo lo que aprendía.

En el orfanato valoraban que supiera tejer con tanta destreza, y jamás imaginé que me sentiría orgullosa de los años que pase en la fábrica de alfombras. Aprendí a coser ropa para niños y batas para nosotras. Mi tarea allí era cada vez más valiosa y con el tiempo logré entenderme perfectamente con el inglés. Yo me había recuperado con rapidez. Mi piel morena volvía a brillar al sol, mis

brazos volvían a tener la fuerza de cuando era una niña, mi muslos se tornaban redondeados. Mi pelo ondulado ya no enmarcaba los ángulos de mi cara. Los pómulos y la barbilla dejaban de ser provocadores y se hicieron atractivos. Mis labios que habían llegado a desaparecer se habían abultado y mis ojos eran reflejo de toda la alegría y esperanza que albergaba en mi interior. Nunca antes me había visto bonita.

Madrid. España.

Desde que conocí a Meena no pude dejar de pensar en ella. Sabía tanto de ella que no podía olvidar su historia, sus ojos, el sonido de sus palabras. Su futuro no era muy alentador pero ella no se rendía, sus ojos no habían dejado de brillar ni un solo instante. Me sentía responsable de lo que pasase en su vida. Me hubiera gustado estar con ella más tiempo, incluso poderla traer a España para que tuviera una vida digna, en la que no le faltara de nada.

Sergio fue claro en este punto. Podía ayudarla, pero si quería su felicidad no debía sacarla de la India. No se solucionaban las cosas trayendo a todo el mundo a España. Me dijo que si quería hacer algo por ella, debía ayudarla a buscarse un futuro en la India. Enseguida me puse en contacto con empresas de comercio justo que trabajaban con países latinoamericanos. Quería saber cuales eran los pasos legales que había que dar para que un proyecto similar comenzara en la India. Me enteré de que el gobierno estaba decidido a apoyar la industria tradicional india. Esta era una oportunidad que no podía perder.

Con algo de temor, le conté lo que había pensado a Meena. Hasta entonces el proyecto había sido sólo mío, había estado sólo en mi cabeza. Necesitaba saber

que es lo que pensaba ella. Para alegría y sorpresa mía su respuesta fue rotunda. Quería trabajar, no le importaba que empezar fuera duro. De alguna forma ella había tenido la misma idea en su cabeza y fue ella la que se decidió por el trabajo artesanal, que tan bien conocía. Después de pensar con detenimiento y tras algunos estudios de mercado nos decidimos por la fabricación del Kadi, que es un tejido de algodón, con el que podríamos realizar faldas, saris, camisas.... Con el apoyo del gobierno y de la ONG conseguimos abrir nuestra pequeña fábrica en Madrás. Realmente no era más que un taller de tipo familiar pero enseguida pudimos dar trabajo a las chicas mayores que salían del orfanato.

Meena había conseguido hacer de lo que fuera su esclavitud, el modo en que ella y otras chicas podían vivir. La vida empezaba a sonreír por fin a Meena. Cuando miro hacia delante tiemblo al pensar en que en cualquier momento puedo volver a viajar a la India o a cualquier lugar del mundo donde la historia de Meena se puede repetir. Me alegro de conocer a Meena y haber sido protagonista de su vida, de su historia, una historia con final feliz. Pero creo que cuando vuelva a ver a Meena dentro de unas horas y vuelva a mirar sus ojos no podré dejar de pensar en cada una de las niñas que siguen en la India esperando su oportunidad.

Cuando la abrace, no lo haré como su salvadora sino como su amiga. Cuando la mire no será para cuidarla y protegerla si no para verla sonreír porque por fin Meena ya no me necesita para vivir.

Aeropuerto de Barajas. Madrid.

Miro a través de la ventanilla y veo que el avión ya rueda por la pista de aterrizaje. Bajo la escalerilla y entro en la terminal. Estoy tan nerviosa que ni siquiera siento mis pies. Me muevo sin saber cómo.

-Ahí está- grita alguien.

Y entonces la veo. El cabello corto, el cuerpo menudo y esa misma expresión en el rostro que vi al despertar en el orfanato de Madrás. Se aprieta la boca con la mano. Está llorando. No, no es como mi madre, pero tiene la misma expresión que ella cuando yo contaba cinco años y una tarde desaparecí durante tanto tiempo que se convenció de que había muerto.

Pero esta vez me esperaba un abrazo, un abrazo de una persona que durante mucho tiempo fue mi única esperanza.

(FINALISTA)

Título del relato: *La dulce Enea*

Pseudónimo: Xavier Genovés  
Autor: Javier Prieto Gallego (Pinto)

La Dulce Enea

*“Mire, vuestra merced, que aquéllos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento...”.*

- ¡No son gigantes...! –solía repetirme una y otra vez, ensimismado como quien descubre la falacia de esta vida y melancólico como el que no cree sus propias mentiras. Y de nuevo, el silencio. Una valiosa oportunidad para conocer los pensamientos de aquel ser increíble que a diario se reinventaba a sí mismo en una espiral de conocimiento inconclusa, pero abundante en sus formas y en sus colores: lunes, amarillo; verde para el martes, marrón para el miércoles, azul en el jueves... terminando en un intenso rojo vino los domingos.

Casi siempre manejaba entre sus dedos una cuidada edición de aquel libro desconocido por muchos, desgastado el lomo, céreas sus páginas, pero fiel recurso atemporal para filósofos de cualquier época. No era el único. Jardiel había pasado gran parte de su vida atesorando legajos, viejas reliquias literarias, algunas sin nombre,

cuentos, narraciones varias, obras póstumas que ponían de relieve infinidad de historias, presentes y futuras, sobre hombres y mujeres aferrados a ese otro ansia de vivir que algunos llaman amor. Al placer de la lectura se unía su otra gran pasión: el cine. Dedicaba las tardes de un día entre semana a caminar desde su acogedor piso-ático de la calle Infantas hasta el pequeño cine Luna, recorriendo en su andadura los espacios colindantes al Convento de la Concepción, en un disparatado ritual, según decía, “para limpiar el cuerpo de toda alergia y evacuar del mismo las indulgencias”.

Siempre a las cinco. Impecable, con la guisa de color tostado que lo envolvía en aquel traje hecho a medida, pañuelo ahumado y un pequeño bastón tierra coronado por un galgo en su empuñadura. Ese era Jardiel. La triste figura que se dejaba caer torpemente en una de las raídas butacas del cine Luna para soñar las veleidades que la sala le ofrecía por apenas unos euros. Y por espacio de algo más de una hora, se estremecía con las viejas cintas de Méliès, primer inventor de ficciones que hizo realidad los sueños y las fantasías de las personas al mostrarlos en las imágenes que se representaban en la pantalla, imaginando oír sus voces o sentir sus emociones, disertando después sobre la realidad y la ficción, sobre la inexplicable magia que nos hace enamorar. En un viaje a través de lo imposible, Jardiel pasaba del cine de Porter, padre de las películas del oeste, a las reconstrucciones históricas de Giovanni Pastronne, con cientos de romanos batallando por una causa efímera, a la renovada ruptura con el lenguaje cinematográfico que supuso el gran maestro Godard o a la poesía de Federico Fellini, Visconti o Passolini.

Y así fue que, en una tarde de noviembre, en una de sus reiteradas visitas a la fábrica de ilusiones de la recóndita Plaza del Callao, conoció a Enea. O, al menos, a “aquella señorita de graciosa estampa, bucles dorados y sonrisa impía” que en su

bautismo de fuego fue adornada con el bello nome de cierta deidad que simboliza la dualidad sexual y la libertad del alma. Lucía, para más señas, era una mujer sencilla de unos treinta y tantos que trabajaba en el cine de vez en cuando para reunir algún dinero que le permitiera sacar adelante a un crío de apenas unos meses, haciendo las veces de camarera y de acomodadora para la escasa clientela que acudía a las sesiones vespertinas. Conocía todos los títulos y todos los argumentos, y era capaz de enumerar las historias, reparando en el más mínimo detalle, de un montón de personajes agolpados en su cabeza como mariposas que bullen en una explosión de ideas y carcajadas de primavera. Su favorita, *Amélie*, de Jean-Pierre Jeunet, y su mayor debilidad, la incisiva mirada del director griego Theo Angelopoulos, cuyas interminables películas hacían al mismo tiempo cuasi eternas las conversaciones que Enea y Jardiel compartían en el Parque de El Retiro, bajo la expresión atónita de un ángel caído ajeno por completo a aquel parto cinematográfico. Lucía podía definir con claridad y enorme pulcritud los conceptos de espacio, tiempo, movimiento y ritmo, apoyándose en pequeños ejemplos, visuales todos ellos y casi exclusivos del creador heleno, y despertando en Jardiel la sorpresa y admiración por alguien que empieza a comprender el mundo a través de una nueva perspectiva. Jardiel sonreía mientras bebía a sorbitos el chocolate caliente que ella misma había preparado, “el mejor de Madrid”, decía, y la escuchaba con atención, porque jamás había contemplado tanta inocencia ni sentido el dolor que emanaba de su altiva presencia.

Pasó un tiempo en el que ambos dejaron de verse, agrisando las veladas en un áspero tono plúmbeo que fue apagando poco a poco las esperanzas de mi señor. Hasta yo mismo empecé a echar de menos las palmaditas que ella me daba tras obsequiarme con un caramelo y con su dulce actitud, y los meses que siguieron a aquel último encuentro

fueron de intenso padecimiento, abatiendo en desánimo su lastrado corazón. Llorando como un niño a los pies de la cama, empañaba el añil de unas pupilas veladas, ajada mordiente que fijaba en su cara una mueca de horrenda desazón y oscurecía cada vez más el carácter funerario de sus palabras:

- Cuando muera, Sancho, no querré llantos, ni el humor cristalino de las lágrimas surcando apagados rostros, ni el gemir de una madre cuando pierde a un hijo, no. Quiero un coche de caballos negro, con los ojos vendados y la mirada limpia, que pasee el catafalco al compás de una balada de Chopin, entre murmullos y acalladas voces, entre risas de niños jugando... Cuando yo muera, quiero que incineren este cuerpo de flores marchitas y esparzan sus cenizas una mañana de primavera sin sueño...

No siempre vertía perlas cristalinas por entre su faz amargada, ya fuera por el dolor o por la añoranza de un amor inalcanzable: se mantenía quedo, la mirada pétrea y el vacío, no el silencio... reedificándose en una arquitectura deteriorada que tantas y tantas veces había vuelto a levantar y dado por imposible cuando las fuerzas flaqueaban, desfalleciendo sus crujidos huesos y quebrándole las piernas a la esperanza en muchos momentos. Sólo una mujer como Enea había conseguido despertar su más olvidada elegancia, que permanecía impasible aún tras el paso de los años, aliviando como el buen vino la térrea sequedad de sus agrietados labios. Y nunca pudo verla con ojos maduros, incapaz como era de advertir en su aspecto la huella de la mezquindad humana, salpicada de morados y heridas abiertas, mucho más profundas, por dentro y por fuera, lejos de poder curar, sino con la mirada incrédula de un niño que pregunta un porqué para el que ya tiene respuestas. De este modo, a empellones, Jardiel fue a dar con sus huesos en el suelo cuando se enfrentó miserablemente a sus propios miedos en una burla de esperpento y soledad.

- *"... la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear, porque ves allí, amigo Sancho, donde se descubren treinta o poco más desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la Tierra..."*.

El día que intentó liberar a Enea de las garras de Gaspar, hasta entonces su marido, borracho y maltratador, y fue conducido al calabozo por no menos de seis agentes de la Policía Local, yo me quise morir. Pero al mismo tiempo, sentía una enorme fascinación por aquella figura desgarbada que pasó toda una noche arremetiendo contra todos en máximas y expresiones categóricas que inundaron de sentimiento el corazón de Lucía o la dulce Enea, al mencionar el film Eleni, el único de Angelopoulos que no había podido disfrutar en compañía de su amada:

- ¡Enea, querido Sancho, llegó a este puerto huyendo de los salvajes, los mismos que defienden aquello que aparentan repudiar! Y se refugió en el único lugar donde una huérfana de amor podía encontrar cariño, al igual que Eleni es recogida por la familia de Alexis para levantar un pequeño pueblo junto al río. ¡Véme aquí! El fuero para el gran ladrón, la cárcel para el que roba un pan... Hermosas son las luces en los palacios, pero en las cárceles solo sirven para iluminar la miseria humana. ¿Qué es, pues, la Justicia para una mujer indefensa, vapuleada en sus convicciones y defraudada en sus garantías? Enea, querido Sancho, no ha recibido los golpes de un descerebrado que dice llamarse compañero y esposo, esos no son los más dolorosos a pesar de haber visto manchada de sangre su dignidad. Lucía ha sido golpeada por aquellos que dicen defender una justicia impostora que se pasea como un postizo sobre las calvas enfermas de quienes la representan Una justicia ultrajada, que ha perdido su letra capital como quien pierde los pantalones en un acto de cobardía y sumisión, una justicia que se arrastra manoseada por

todos, vendida al postor más miserable, que la convierte en mediocre y atribulada a los ojos del hombre. ¿Qué mente privilegiada dicta leyes inverosímiles que empujan sin ningún sentido a la convivencia bajo un mismo techo por razones históricas o por tradición? ¿Son los mismos que presumen de dar de comer al hambriento y de beber al que padece sed, para luego engendrar falsos mendigos transportados en coches de lujo, o de maquillar a las prostitutas y a los drogadictos en un teatro que se aleja de su verdadera erradicación? ¿O son, sin embargo, aquellas mentes abiertas que critican la conducta sexual de un buen número de personas midiéndolas con el rasero de la depravación o las acciones contra natura? Para qué necesitamos los ojos, amigo Sancho... En el amor, cada ser que hiere a otro no hace sino vengar una herida anterior recibida en su propio cuerpo... entonces, ¿dónde reside el amor? Desnudémonos de todo prejuicio para ir vistiéndonos despacio con la experiencia, redescubriendo en cada prenda lo que somos realmente. Aniquilemos las falsas apariencias de aquellos que pretenden llamar cultura a la invasión ilegal de esos otros que quieren hacernos ver que la mujer es una propiedad privada del hombre cubriéndola de los pies a la cabeza y revelando una patética debilidad, al ser la única forma en la que pueden retener a sus esposas en un vínculo de pareja, escondiéndolas de los demás en lugar de demostrarles afecto y comprensión. Alejémonos de esta borrachera democrática en un mundo aborregado por la televisión, en donde la mal llamada oveja negra no es la más descarriada, sino la que quizás tiene más sentido común, y de los falsos profetas que interfieren en la consecución del ideal de libertad humana. ¡La relación del hombre con Dios es ante todo una relación personal, sin intermediarios que nos presenten la existencia de otra vida como un eufemismo del miedo a morir, mancillando las conciencias para formar individuos incompletos, seres inacabados que recogen eternamente los pedazos de un espejo hecho añicos!-

Por suerte o por desgracia, el loco es un incomprendido y su exceso de lógica sobrepasa el limitado entendimiento de algunos hombres. Y más aún cuando se trata de un ciego. Jardiel no siempre lo estuvo, a pesar de haberme tenido como compañero mucho tiempo antes de su "no querer ver" la cruda realidad y de llamarme Sancho en honor a un personaje de uno de sus libros más preciados. Ser el lazarillo de un ciego, un pobre perro como yo, tiene mayor mérito cuando aquél es capaz de ver con mayor nitidez el mundo que le rodea y mostrárselo a los demás. La llegada de Lucía, la luz del día que alumbró sus ensoñaciones para convertirlas en algo palpable, sirvió de puente y de tránsito a su libertad. No hay, pues, mayor libertad que la del ciego, incapaz de ver la realidad que a todos adormece, pero valedor del don de lo sensible, que lo transporta a ese otro mundo real vivo, aquel que trasciende al artificio, a la banalidad del ser humano y a su propia conciencia. Invisible a los ojos, pero plenamente tangible al corazón: la verdad.

- ¡No son gigantes, sino molinos de viento! –solía repetirle, sentado junto al fuego, mientras me acariciaba el lomo...

FINALISTA

# PEQUEÑAS GOTAS DE ESPÍRITU

RAQUEL FERNÁNDEZ GONZÁLEZ (FUENLABRADA)

PSEUDÓNIMO: FERRÁN PUCK

*A mi Madre, la mujer más grande de todas las historias.*

*A Nuria y Fernando, que leyeron esta historia en mis ojos antes de ser palabra.*

“Entró en el oscuro agujero que se abría ante sus ojos, temeroso de lo que pudiera encontrar al otro lado. Oía su propia respiración devuelta en forma de eco entre las rocas que hacían sombras extrañas a su alrededor.

Poco a poco sus ojos se acostumbraron a la tenue luz de su antorcha y pudo ver con horror lo que le rodeaba: masas informes que se apelotonaban por el suelo, huesos rotos, trozos de carne esparcidos y al fondo... la Roca que Respira.

Sin pensarlo dos veces echó mano de la bolsa de cuero que le había regalado Txizel, pero justo cuando estaba tan cerca que sentía los resoplidos del monstruo en su frente...”

- ¡Pero niña! ¿Quieres dejar eso de una vez? Que se te van a quemar los ojos de tanto libro. Hala, coge el bocata y bájate a la calle, que ya se ha pasado la hora de la siesta.

- Anda mamá, déjame terminar este capítulo, que está muy interesante...

- Vamos a ver Estercita, estoy bastante harta de tener todos los días la misma historia contigo. Deja algo para mañana, niña, que parece que no te duran nada los libros ¡ay que ver qué cría!

- Por fa, por fa, por fa. Sólo un ratito más.

- Se acabó. No te lo digo más veces Ester. ¡O lo dejas o te quito el dichoso libro!- El tono de enfado de su madre iba en aumento constante según avanzaba la discusión.

- Vale, ya termino, pero deja que llegue al punto y aparte.

- No sé qué voy a hacer contigo hija, tanto libro y tanto libro. ¡lo tuyo se pasa de castaño oscuro!

- Jo, mami, ya está, ya lo dejo.

Con una cara de fastidio que era completamente evidente para su madre, cerró el libro, se puso las deportivas y el pantalón corto verde, cogió su bocata de salchichón con muy pocas ganas y aún con menos, abrió la puerta y bajó a la calle, a hacer que jugaba con los demás niños.

---

Supongo que la historia que os voy a contar es como la de tantos y tantos otros, pero lo que hace a esta tan especial es que ocurrió aquí mismo, en mi barrio, en mi pueblo. Vamos, justo al lado.

Como todos los niños, al principio Ester era feliz. Incluso se sentaba a ver cómo pasaban las nubes y se imaginaba que las formas cambiantes de aspecto algodonoso eran realmente animales y objetos que se habían evaporado porque algunos días hacía mucho calor en la calle.

Como todos los niños, al principio Ester se acercaba a la gente con una enorme sonrisa en esa boca pequeña que tenía, pero llena de futuras palabras. Jugaba a la pelota, al escondite, al rescate, al churro va. A veces se peleaba con un chico de su clase, y muchas veces jugaban a las cocinitas con el barro del patio del cole.

Y como a algunos niños les pasa, de repente se hizo mayor.

Sin saber muy bien cómo, Ester descubrió que ese hombre que le hacía cosquillas con el bigote cuando le daba besos de buenas noches, dejó de ser dulce y se convirtió en amargo. Amargo como lo que queda en la copa de whisky después de haberse acabado.

Por las noches se instauró en la casa una rutina nada agradable. De repente se escuchaba en la escalera el tintineo de unas llaves. Un sonido familiar, pero no añorado, que iba seguido por el rugido de una cerradura, en la puerta, a unos metros de la habitación de Ester y su hermana. Lo siguiente que se escuchaba era precisamente el silencio. La respiración contenida de tres mujeres atrapadas en el infortunio de vivir en una trampa. Y luego, voces y desgarros de alas y amor, escalofríos y cristales.

A veces no daba tiempo a que se hubieran acostado las niñas y entonces ellas se convertían en espectadoras y a veces actrices de un drama cotidiano, doloroso y conocido que podía ir aderezado con algún que otro tono en rojo y púrpura.

Después quedaba el consuelo del sueño y del olvido.

---

Cuando aparece un infortunio en la cotidianidad de nuestras vidas, hay personas que se hunden en un pantano de tristeza y desconsuelo y otras que se aferran a cualquier brizna de hierba con aspecto de aguantar su peso. Ester buscaba esa tabla a la que abrazarse para no hundirse. Buscaba con tanta desesperación que estuvo a punto de perder la cordura en semejante búsqueda.

El tiempo le llevó a descubrirse a sí misma inundándose de lágrimas por la pérdida de su inocencia, de la idea de que las sonrisas traen sonido de ángeles. Se volvió huraña, desconfiada, y de tanto envidiar a los niños que sonreían descuidados, se fue encerrando en sí misma.

Le gustaba contar las hormigas que iban en filas interminables. Al fin y al cabo, eran muchas compartiendo casa y parecía que todo les iba bien. Se paraba a escuchar los gritos de los vencejos al atardecer, viéndolos en sus

cabriolas mortales. Y deseaba volar con ellos y alejarse de sus sueños colmados de persecuciones y piedras. Creía que esos rayos que se cuelan entre las nubes eran los dedos de alguien que repartía amor, pero que siempre parecía olvidarse de tocarla a ella. Ahora las nubes eran barcas en las que algún día podría huir a otro lugar. Su mundo era el silencio de las pequeñas cosas.

Cuando todavía llevaba esas dos coletas bien apretadas con las que aparecía en las fotos, soñó que era feliz. Y creció buscando en las historias que le rodeaban las fuerzas para salvarse. Una tabla que fue adquiriendo la forma de un libro. Creyó que las aventuras podrían ser revividas cuando ella se hiciera mayor. Y se bebía el bálsamo del olvido en las páginas repletas de imaginación, repletas de seres maravillosos que tenían escrito un destino y que solían encontrar lo que buscaban. Completando los huecos que dejaba su dolor con vuelos de mariposa y espadas de hierro forjado.

Cada página leída le hacía olvidar el daño. Cada nuevo capítulo le enseñaba una nueva cualidad de los hombres que había olvidado antes. Sólo cuando leía, vivía, olvidando el anhelo de risas, permitiendo a la luz traspasar la puerta de basalto que había recubierto su amor de melancolía y soledad.

Lo bueno que tiene leer mucho es que puedes pasear por los mundos ideados en mentes tan distintas como distintas son las personas que las crean para ti. Sus personajes llevan un poquito del autor y mucho de imaginario, completando hermosas figuras que recorren línea a línea un camino que tú sigues instintivamente, sin control y sin frenos, hasta que llegas al indeseado punto y final a partir del cual, el camino se retuerce y se imbrica entre tus pensamientos para, poco a poco, formar parte de un trocito de ti mismo.

Si a esto le unimos la gran necesidad de viajar por mundos irreales que permiten huir al alma cuando el cuerpo queda irremediabilmente prisionero de la realidad, podemos encontrar lo que ocurría en la cabeza de Ester.

Esa es la calma que ella encontraba en sus libros, en sus momentos de liberación del dolor infligido por la cotidianidad de lo insoportable. Esa es la razón que le llevaba a empaparse de héroes y proezas capaces de plantar cara a la injusticia y a los malvados. Esa es la razón que le impulsaba a desear la

lucha contra aquello que atenazaba sus más profundas ansias de liberación. Y esa es la razón por la que, muchas veces, los que estaban a su alrededor pensaban que andaba un poco loca.

---

En la casa de Ester hay muchos secretos. Y ella tiene un cajón que nadie conoce en el que metió una vez las cosas frágiles de su niñez como las flores, las nubes, los juegos y canciones, los pies descalzos, la luna llena, los pájaros del atardecer, la sonrisa de la abuela, el vestido de rayas amarillas, un caramelo de piñones, la arena de las playas y un trocito de amor. Lo había guardado todo para que ningún torbellino de adultos destrozase por completo su historia. Guardó todas estas cosas hasta que tuvo la fuerza suficiente para abrirlo y sujetarlas todas con sus manos antes de que se escapasen del negro de sus ojos. Un color que estaba cambiando poco a poco y de ser el oscuro fondo de un agujero que absorbía toda la luz, se estaba transformando en un tono azabache con hermosos brillos marrones que devolvía multiplicadas en miles de estrellas las miradas que llegaban de otros ojos.

La pubertad fue aclarando su acné y su alma. Y posiblemente fue esa pequeña libertad que los adolescentes se toman para empezar a pensar por su cuenta lo que le permitió llegar a la conclusión de que tal vez mereciese la pena salir "fuera" a echar un vistazo.

Cuando se cortó el pelo todo cambió definitivamente. Fue su primera decisión de lucha, como había leído que hacían algunas protagonistas de cuentos fantásticos. Claro que a sus quince años ya iba siendo hora de hacer algo con su vida.

-Quiero que me cortes el pelo por aquí- dijo señalándose el final del cráneo-. Tipo chico, a tazón.

-Pero guapa, ¿con lo bonito que tienes el pelo quieres que te lo corte tanto?- decía la peluquera acariciando su pelo largo y desenredado mientras miraba a mi madre de reojo.

-Pues sí-.

Y nada, a cortar el pelo. Y con el pelo se esfumó el peso de las coletas.

-Lo primero que haré ahora será conquistar el mundo- se dijo a sí misma al verse en el espejo, hecha una moza como decía su abuela.

---

Para poder comenzar la misión que se había autoadjudicado, abrió su cajón y se vistió de sueños perdidos, de nubes de colores y sonrisas olvidadas y plantó cara a las Viejas Tejedoras del Tapiz Universal, deshilachando los grises y llenando sus líneas de naranjas y amarillos.

Aquí en el poco espacio del papel no caben los matices del cambio que acaeció en su vida, pero podría decirse que desde el mismo día que creyó haberlo perdido todo, ese en que su cabeza dio tantas vueltas que se convenció de que finalmente se desenroscaría del todo, abrió los ojos y cruzó el puente que le llevaría poco a poco hasta esa otra orilla en la que las personas son capaces de soñar con los ojos abiertos y de reír a carcajadas con la boca cerrada.

Protegida con sus nuevas armas, salió a hacer frente a la amargura que había anidado en el corazón de algunos congéneres y a desterrarla allí donde ella misma había logrado encarcelar la suya propia, porque ¿quién mejor que alguien que había crecido en el fango oscuro de la melancolía para reconocerla y desenmascararla?

Claro que esa nueva actitud provocó no pocas alarmas entre los suyos, principalmente en su padre cuando Ester decidió cortar por lo sano.

-Verás papá- le dijo un día en que la tensión acumulada entre las paredes de la casa podía masticarse como si fuera tierra- creo que ya va siendo hora de que esto termine, pase lo que pase-. La cara de su padre se encendió de furia, pero ella ya estaba en otro sitio, hablándole desde la protección que confiere la distancia; -así que llegado este momento tan absurdo en el que nos tienes paralizadas de miedo a mi madre, a mi hermana y a mi misma, debo decirte que hasta aquí hemos llegado. Si ellas no pueden hablar, yo sí. Y te digo que ya no más nervios, ni amargor, ni sudores nocturnos. Todo eso se va ahora contigo, para siempre. No sólo nos pierdes a nosotras. Te has perdido tú.

Temiendo lo peor, su madre le cogió fuerte de la mano e intentó replicar, pero Ester le miró con el convencimiento de alguien que ya no tiene miedo. – No temas mamá. Hoy empezamos de nuevo.

El miedo se fue por la puerta pegado a la espalda de su dueño y ella se cubrió con la promesa de desterrar de su vida las cadenas que la ataban a lo convencional, tal y como había hecho con su padre.

En ese momento *me* sentí liberada hasta tal punto que mi cuerpo material de repente se empezó a hinchar tanto con la alegría de haber escapado de mi pasado que estallé en medio de un gran estruendo insonoro, cubriéndolo todo de pequeñas gotas de colores, pequeños puntos con luz propia que desde entonces iluminaron los corazones de aquellos que entraban en esa casa. Mi casa.

# FINALISTA

## Título: Por un Sueño

Seudónimo: Ángela Conrado

Autora: Marta Virgilia López Coronado  
(Fuenlabrada)

*Siento un dolor punzante en el pecho, un dolor constante, como si clavaran en la carne una enorme aguja y la retorcieran una y otra vez dentro de mí. Navego en la inconsciencia a ratos y cuando vuelvo en mí veo personas corriendo de un lado a otro; unos gritan, otros se paran delante, niegan con la cabeza y prosiguen su camino.*

*Trato de incorporarme pero no tengo fuerzas. Giro la cabeza y acierto a ver a más gente en otras camas, mujeres y hombres, unos gimiendo, otros llorando y otros, sencillamente, terriblemente quietos. El olor del miedo, de la carne corrompida me recuerdan a mi infancia. Cierro los ojos y vuelvo a caer en un sopor denso, inmóvil. Los sonidos me transportan al pasado, al presente... caigo en la cuenta de que no tengo futuro, no con una herida como esta en el vientre.*

" A la edad de ocho años yo vivía en una aldea de Angola, a unos doscientos kilómetros de su capital, Luanda, con mis tías y dos de mis hermanos. Mis padres fallecieron en uno de los numerosos asaltos de la guerrilla en nuestras tierras y perdieron la vida al intentar defender a mis dos hermanas de sus garras. Yo tenía cinco años y recuerdo a aquellos "animales" vestidos de verde como hombres fuertes y despiadados; mas tarde descubriría que no eran mas que niños, de poco más de quince años, los que me robaron la infancia y la familia. Les vi entrar en mi casa, les vi golpear a mi madre y disparar a mi padre, les vi llevarse a mis hermanas desgarrándolas las ropas y riéndose de sus súplicas, implorando perdón. Yo permanecí callado, debajo de un catre, abrazado por mi hermano mayor de diez años y acurrucando en mis brazos al pequeño de dos, sofocando sus sollozos mientras yo también lloraba.

Quemamos la choza, quemamos los recuerdos con nuestros padres dentro y caminamos hacia la aldea donde vivía la familia de mi madre, gente tan pobre como nosotros pero de gran corazón y con un gran amor hacia los suyos. Dos días con sus dos noches, sin comida, con el agua que pudimos beber en el camino, poca y de sabor extraño, agotados y sin alma, llegamos por fin a nuestro destino"

*Vuelvo a abrir los ojos, una mujer de rostro dulce me sonríe, levanta mis ropas y me aplica unos paños cálidos en el abdomen. Giro la cabeza y miro el*

*barreño de agua donde lava la tela. Está teñida de rojo. La calidez de sus manos y del líquido con el que enjuaga mis heridas me vuelven a sumir en un sueño colindante con la muerte.*

“Estoy jugando con un muchacho cerca de la orilla. Las mujeres van y vienen con recipientes para el agua, hablan entre ellas y nos miran con ternura y con el reconocimiento de una tragedia que es muy común para ellas. Nos alejamos persiguiendo una libélula, lo hacemos a menudo llenos de barro hasta las rodillas, hasta unos matorrales. Siento un golpe en la cabeza, algo me ha golpeado y siquiera lo he visto venir. Al caer veo a mi compañero de juegos correr en dirección al poblado. Empiezo a oír gritos llenos de desesperación. La sangre nubla mis ojos y no veo nada más.

Creo que pasé unos siete años luchando para ellos, llevando su carga, transportando lo que conseguían en los saqueos. No importaba el dolor, la necesidad o la ausencia total de sentimientos. Tenía los ojos vacíos.

Conocí a muchos como yo: niños raptados de sus casas, de sus campos, niños a los que les robaron la dulzura de la infancia y unos brazos tiernos que les dijeran que no pasaba nada, que estaban a salvo. Supe de historias más tristes que la mía y más sangrientas; llegué incluso a conocer a aquéllos que entraron en mi casa y me robaron la vida. No hice nada. Estaba tan corrompido como ellos. Con un arma en los brazos, casi más grande y más pesada que yo, me interné en años de sombras y de oscuridad absoluta. Robé, maté y rapté para ellos.

Una tarde, en un asalto, un compañero me disparó por la espalda y caí al barro con los demás desgraciados del poblado. No sé cuánto tiempo estuve allí. Me quitaron la ropa y los zapatos: quedé desnudo y agonizante en el suelo seco de un lugar sin nombre.

Cuando desperté mi herida se estaba curando. Estaba en un hospital de campaña de la Cruz Roja española. Me atendieron y me curaron las heridas del cuerpo y lo intentaron con las del alma. Con ellos aprendí castellano, ellos me enseñaron a leer y a escribir, hubo incluso algunos que pasaron horas hablándome de mi situación, tratando de romper las barreras que me autoimpuse en el corazón y en la mente. Uno de ellos, Francisco, me propuso irme a España con él y contar al mundo lo que ocurría en mi país, lo que los llamados “niños de la guerra” pasaban en un lugar donde la infancia a veces era solo un mito. Cuando estuve completamente recuperado me llevó al poblado donde vivía, no quedaba nada, los pocos que quedaron fueron llevados a otros hospitales, pero de mi familia no tuve noticias.

A los tres meses me llevaron a España. Allí perfeccioné el idioma y, entre charlas y conferencias, comencé a estudiar como un joven más. No olvidé mi patria ni mis pesadillas me olvidaban a mí.

Todo era nuevo, la gente, unas veces amables y otras temerosas, me trataban con respeto e incluso con lastima. En las charlas me observaban en silencio, una vez incluso mostré mis terribles heridas ante un público demasiado aburrido y demasiado desprovisto de ganas de escuchar a otros que estaban tan lejos de su alcance y más allá de su pensamiento; otras veces me miraban a los ojos y veía en ellos una compasión casi dolorosa pero con la distancia que el desconocimiento real de la situación provocaba en ellos.

Una tarde, después de una conferencia, una joven se acercó a mí, tendría unos veinte años y unos profundos ojos negros, me dijo que era un soñador y que aunque me creyeran loco ella creía en mí y en el cambio que solo una persona puede provocar en el corazón de los hombres. Me entregó un paquete, me sonrió y se fue sin más. Lo abrí de inmediato: Era un libro pesado, de tapas duras y una preciosa portada bordada en oro, su título era "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha".

Lo devoré con avidez en una semana. Me fascinaba su energía y su tozudez, su locura y su forma tan personal de interpretar la realidad. Vi en Sancho un compañero fiel al que el amor y la constancia le hacían estar al lado de su amo. Era un caballero, un soñador y, ante todo, un defensor de sus ideales aunque tuviera que pasar por encima incluso su propia cordura.

Algo comenzó a trepar por mis entrañas, surgió de lo más hondo del pecho y tomó forma en el estómago y en la cabeza. Debía de hacer algo, debía soñar por un mundo mejor, un lugar donde los niños fueran niños y no máquinas desprovistas de alma, con nada más en sus manos que un fusil y un cuchillo.

Quise volver y cambiar mi destino.

Quise ser un caballero con alma de rey, defender al inocente, volverme loco por un sueño y matar gigantes.

Volví a Angola y algunos de los amigos que hice en España volvieron conmigo.

Persiguiendo una utopía me volví a adentrar en las aldeas y en el submundo de la guerra. Tenía un miedo terrible: temblaba al ver sus caras vacías, lloraba con las madres y los hijos de aquellas que habían desaparecido, me estremecían los rostros de los padres que no supieron o no pudieron defender sus propiedades o su familia, su sensación de inutilidad, de impotencia, toda una frustración que no iba a ser descargada hasta el mismo día que dejaran este mundo.

Estuve con las familias afectadas unos meses pero mi fijación seguía en los niños que yo había visto en los campamentos militares. Necesitaba salvar aquellas vidas para sentir que la mía había tenido sentido, que todo lo que había sufrido tenía algún valor y que, en algún lugar, estaba escrito en mi destino el devolver la luz al menos a algunos de ellos. Una antorcha en medio de una oscuridad absoluta.

Buscamos a los niños en hospitales y en prisiones. Contactamos con el gobierno dirigente y, aunque estaba podrido por dentro, algunos sectores nos mostraron su apoyo al menos de forma que no intercedieran en nuestro propósito. No tuvimos ni apoyo monetario ni de medios pero sí nos pusimos en contacto con gente influyente que veía en nuestra encomienda un medio óptimo para sus propios negocios o para proteger los que ya poseían.

Allí donde había estado mi antiguo poblado ubicamos un campamento con hospital, barracones y asistencia médica y psicológica; gracias a nuestros contactos conseguimos hombres armados que protegieran nuestra ubicación, medicinas y la inestimable ayuda de decenas de voluntarios de distintas organizaciones que veían en nosotros una posibilidad de verdadera ayuda para

la gente del país. Estábamos muy ilusionados con el proyecto pero nos faltaba lo más importante, lograr recuperar a los niños que aún seguían bajo el mando de la guerrilla.

Soy consciente de que, tanto yo como mis compañeros, nos forjamos muchos y grandes enemigos. A veces, en ciertos lugares, el caos da mayores beneficios que el orden y el bienestar, y Angola no es una excepción. Allí donde la pobreza y la falta de educación se encuentran en cada esquina, cerca hay alguien que aprovecha sin escrúpulos la oportunidad de crear la anarquía más absoluta en busca de beneficio propio o de otros que ostentan o quieren ostentarlo.

El miedo nos hizo más fuertes, más persistentes, y logramos introducirnos en alguno de los campamentos de la guerrilla y negociar la entrega de criaturas a cambio de alimentos y otros materiales de primera necesidad. No juzgo si esto al final habría sido positivo o negativo para ellos, si se convertiría en un círculo vicioso. Ellos nos daban a los niños y nosotros mantas, agua y comida a cambio. Éramos mercaderes de la guerra y ellos víctimas y moneda de cambio.

Lo primero que hacíamos era acoger a los niños, hacerles un chequeo y proporcionarles ropa y comida. Cada uno poseía su espacio dentro de los barracones con su propia cama y un pequeño arcón para guardar sus pertenencias o lo que quedaba de sus recuerdos. Se les enseñaban las instalaciones y se les explicaba su nueva situación: ya no eran propiedad de nadie ni estaban obligados a obedecer a ningún ser humano, solo era necesario que entendieran unas normas básicas de convivencia y de buena conducta para evitar conflictos dentro del recinto.

Les fascinaban los juguetes.

En el patio y en una sala interior de los barracones tenían esparcidos cientos de juguetes de todas clases. Los mayores se peleaban por las bicicletas y los más pequeños buscaban con avidez los pequeños coches de colores, algunos incluso desprovistos de ruedas, que les hacían soñar con grandes ciudades y con poder conducirlos algún día.

Muchos habían visto solo el metal en las armas y el plástico más bien poco. Lo que no querían ya en los países ricos ellos lo acogían como el mayor de los tesoros por muy gastados o descoloridos que estuvieran.

La televisión era otra fascinación para ellos. La mayoría nunca habían visto una y los pocos que lo habían echo habían sido aparatos anticuados y con mala visibilidad. Conseguimos películas de dibujos animados que miraban embobados una y otra vez.

Imagínate mi ánimo, mi estado al verles correr y reír de un lado para otro, ¡¡reían!! Seguramente no lo habían echo desde hacía meses, incluso años y, aunque de vez en cuando su mirada se perdía en el horizonte, sumidos en sus propios pensamientos, al volver a mirarte se apreciaba una chispa de esperanza en aquellos ojos negros, un brillo en el fondo nos indicaba que los habíamos cogido a tiempo. A mi vez, mi mirada se fue dulcificando y se llenó de orgullo y amor por aquéllos pequeños perdidos que en muchos casos ya no tenían más familia que los que formábamos la organización, se quedaban con nosotros y nos ayudaban a abrir más mentes y más corazones de ángeles perdidos en la guerra."

*Si esto hubiera sido una película aquí habría acabado todo. Se verían los niños felices saltando de un lado a otro ante la mirada dulce de sus cuidadores. Pero no es así. Como casi todas las historias duras, en la vida real, no hay un final feliz, al menos para algunos. No llego a entender bien porqué todo ha acabado de este modo, supongo que a algún hombre poderoso le empezó a incomodar nuestro trato con la guerrilla o pensaron sencillamente que estorbábamos demasiado en algún plan desconocido. Lo cierto es que una tarde de febrero, aparecieron en el campamento unos hombres que se identificaron como agentes del gobierno; discutimos, querían cerrar el centro, "era una mala publicidad para el país, una vergüenza lo que hacíamos con los niños", decían. Los echamos y no supimos más de ellos. Hasta hoy supongo. Salimos a realizar un cambio, más niños por más comida. Algo pasó y hubo un tiroteo. Supongo que les pagaron más que nosotros.*

*Yo ahora estoy aquí, con una herida en el vientre y a las puertas de la muerte. Sé que voy a morir pero ¿sabéis?, no me importa. Como el Quijote fui libre a mi modo, hice lo que nadie esperaba de mí pero que lo que mi corazón anhelaba. He derribado gigantes, he rescatado doncellas, he combatido al lado de decenas de Sanchos que estaban ahí para ponerme los pies en la tierra y pedirme cautela. No les hice caso aunque tal vez lo hubiera debido de hacer. Ahora es tarde pero no me arrepiento. Alonso Quijano era pero preferí ser Don Quijote. He luchado por un sueño y por él he muerto. ¿Qué más puedo pedir?*

(FINALISTA)

**UNA DULCE HOJITA EN EL RÍO**  
**DE SUS VIDAS**

**Pseudónimo: "El Eterno Caballero"**

**Autor: Jorge Antonio Calvo Calvo (Getafe)**

La cristalina gota resbalaba pausadamente por aquella inclinada hoja de *mango*. Lo hacía temblorosa, como aquella que midiera sus sigilosos pasos para no despertar al aletargado durmiente. Nadie en aquel inmenso vergel parecía percatarse del trascendente mensaje que llevaba consigo aquel minúsculo y transparente cartero. Sólo silencio, en aquellos poblados árboles donde, horas después, una algarabía de cantos, gruñidos y golpeteos habitaría hasta bien entrada la noche. En algún lugar, una familia de *trogones de antifaz* dormitaba acurrucada en las entrañas secas de un viejo *balso*, una *mona colorada* y su cría sonreían, plácidamente dormidos, sobre una frondosa rama mecidos tan solo por el acompasado vaivén de su respirar... Sólo calma, una oscura calma que empezaba a tornarse rosada, poco a poco, sin querer llamar la atención acerca de la milagrosa verdad que acechaba aquel paradisíaco escenario. En aquel preciso momento, un pequeño sonido rompió la muda mañana, la gota acababa de caer de la hoja sobre una pequeña charca, por el horizonte

asomaba una dorada línea, la selva despertaba con un sinfín de murmullos, sí, la carta había sido entregada: un nuevo día había comenzado. La vida volvía a darse una oportunidad más.

Ajena a aquella gloriosa victoria, Nina despertaba, como cada mañana, con su rostro iluminado por una contagiosa sonrisa, y mirando al cielo con el gesto agradecido de aquel que recibe un inesperado regalo. Sin embargo, no se demoró mucho en saltar de la cama con resolución. Había una gran familia que atender. En aquella temprana hora sus niños, como ella los llamaba cariñosamente, todavía disfrutaban de un sueño reparador, sueño que apenas conciliaban algunos hasta cercana el alba por culpa de recurrentes pesadillas. Ella era consciente de aquellos desvelos y permitía que aquellos dulces ojos permanecieran cerrados un ratito más antes de la llamada al desayuno.

Mientras iba sacando los cuencos y las cucharas de la humilde cocina, aquella entrañable abuelita se preguntaba una vez más qué la hacía un día más estar allí, en aquel insólito hotel rodeada de aquella inquieta chiquillería, luchando por sacarles adelante, por darles un futuro esperanzador, por hacerles ver más allá de su desgarrador pasado. Quizá pudiera haberse mudado a la capital para seguir allí su carrera como una reputada psiquiatra con un refinado despacho en una clínica privada. Quizá, como sus hermanos, haber formado su propia familia en una lujosa urbanización residencial. Sí, quizá, llevar una vida que sus amigos y familiares consideraran normal.

De repente, en medio de sus acostumbradas cavilaciones, encontró la más dulce respuesta: Una carita sonriente aparecía y la observaba medio escondida detrás del marco de la puerta de la cocina. Nina no pudo menos que corresponder esa agradable sorpresa con un exagerado: -"¿Cuánta hambre tiene mi hombrecito, hoy?"- A lo que el niño viéndose descubierto en su expedición secreta, salió corriendo hacia su dormitorio tan risueño como apareció. -"Ya amaneció el torbellino"- pensó para sí, mientras terminaba de preparar el desayuno. Así era Andrés, aquel niño de 3 añitos, que cada mañana ganaba el concurso al más madrugador del grupo. Nina recordaba el día de su llegada a la familia como si hubiera sido ayer. En brazos de un jovencito ataviado con uniforme militar, Juan. Era tan solo una criaturita de unos meses de edad que dormía calmado, ajeno a lo que había pasado unos días antes. Un ataque de la guerrilla había arrasado su aldea: su casa, su familia, sus raíces... Entre los miembros de aquella desalmada milicia se encontraba un niño de 9 años, Juan. Después de haber asaltado aquellas casas, su superior, le encargó la tarea de quemarlas de modo que no quedara nada reconocible de aquel pueblecito. Era una tarea sencilla, ya estaba acostumbrado a hacerlo, le habían adiestrado bien para convertirse en una máquina de arrasar sin tener remordimientos por ello. Pero aquella vez fue diferente. La última casita, humilde como todas las de la aldea, escondía un desgarrador secreto que despertó la dormida conciencia de Juan. Unos ojitos curiosos le observaban, sin temor, como alegrándose de su visita. Eran de Andrés, ante el ataque de la guerrilla sus padres lo habían dejado en casa, quizá pensando en volver a por él. Juan ya sabía perfectamente que nunca lo harían. Aquello removió sus

adentros. Fue en aquel preciso instante cuando cayó la venda que tenía en los ojos tapándole lo cruel de su día a día. Algo le decía que no podía cumplir aquella orden, pero también sabía a lo que se exponía si se negaba. No hubiera sido el primer niño que desaparecía extrañamente del campamento militar después de un castigo ejemplar por su desobediencia a los mandos superiores. Sus abundantes cicatrices, de ocasiones anteriores, le hicieron ver que la única salida era huir lejos. Pero esa conciencia renacida también le decía que no podía dejar solo a aquel pequeñín. Eso sería igual que matarlo como se le había encomendado. La milicia seguía su marcha en busca de algún escapado de la aldea para así callar todas las bocas que pudieran denunciar otro de sus muchos crímenes. No quedaba otra salida, tendría que salir corriendo con el bebé en brazos. Y así lo hizo, mirando de un lado para otro, envolvió al pequeño en una mantita que tenía en su cuna, y después de pegarlo a su pecho con uno de sus brazos, abandonó la aldea montaña abajo. Días después, Juan apareció ante la puerta de aquel bien llamado refugio, con su ropa militar y aquel precioso bebé entre sus brazos.

Fueron los bostezos de algunos de los niños más dormilones los que sacaron a Nina de aquellos agri dulces recuerdos. La aletargada familia estaba despertando. Grandes y pequeños con cabelleras un tanto alborotadas salían del gran dormitorio para darle los buenos días a su querida protectora. Afortunadamente, todo estaba listo para aquellas tripitas hambrientas. Aquella acogedora cocina cobraba vida con las risas, los juegos y las bromas de los inquietos comensales. Uno a uno iban sentándose a la mesa dispuestos para el

apetitoso desayuno al que la buena de Nina les tenía acostumbrados. Ese gesto agradecido y confiado que le transmitían aquellas ilusionadas caras era el culpable de que nuestra Nina día tras día, año tras año, conservara tan vivas las ganas de luchar por aquella causa, para muchos perdida. Nada en el mundo podía pagar aquel cariño tan sincero, tan dulce, que Nina recibía cada vez que uno de sus niños le daba las gracias por haberle escuchado, por haberle abrazado limpiamente después de años sin sentirse querido, por haberle acompañado en sus desvelos de una noche de pesadillas... Nina sabía que la necesitaban para salir de aquel oscuro pasado y esa verdad daba sentido a su cotidiana batalla.

El pequeñín del grupo acababa de sentarse al lado de la reflexiva matriarca y golpeando con su cucharita el cuenco, llamó la atención de los demás, que guardaron silencio para que Nina bendijera la mesa. Andrés acercó su manita y agarró con fuerza la de Nina que, con los ojos cerrados, dió las gracias por estar todos juntos un día más bajo el mismo techo, y por tener lo necesario para el día. A lo que todos respondieron con un respetuoso "Amén". Al instante, las cucharas comenzaron su particular sinfonía, yendo y viniendo a sus respectivos cuencos. Como cada mañana, la madre de aquella singular familia pasaba lista con la mirada, chico tras chico, historia tras historia. Nadie parecía percatarse, pero el pasado de cada uno de aquellos adormilados comensales estaba siendo releído por aquellos atentos ojos, curtidos por el paso de años difíciles y desconcertantes. Hecho el recuento de aquellas pequeñas, y ya amargas, vidas Nina sonreía contemplando esperanzada como la ilusión volvía a

renacer en aquellos yermos campos, devastados por la insensibilidad de una sociedad que proclama, a los cuatro vientos, proteger su dignidad.

Unos pocos minutos bastaron para que aquellos voraces hombrecitos y mujercitas estuvieran relamiéndose después del delicioso festín. Era hora, pues, de “nutrir el alma” como solía decirles Nina cada mañana a sus entregados estudiantes. Sí, Nina era muy consciente de que aquellos pequeños no estarían toda la vida bajo sus alas. Les esperaba un largo vuelo allá en el mundo real. Tendrían que buscar su lugar en la sociedad, un trabajo, una casa, y muy posiblemente un hogar, donde otros pequeños disfrutaran de lo que se les arrebató a ellos en su infancia.

Una humilde pizarra, encontrada años atrás entre los escombros de una abandonada escuela en la capital, era lo único que aquella entrañable maestra necesitaba para encandilar por horas a aquellas curiosas mentes. Geografía, Matemáticas, Lenguaje, Historia, Naturaleza, y alguna que otra materia más, desfilaban cada mañana delante de los boquiabiertos oyentes. Con Nina viajaban desde las antiquísimas pirámides de Gizeh hasta los desafiantes molinos manchegos que acecharan a Don Quijote y su flaco rocín. Contemplaban extasiados el mundo, que habían creído tan pequeño, en colores que nunca habían imaginado. Ante aquellos inquietos ojos se les abría un nuevo mundo, un mundo de libros, de culturas, de pequeñas y grandes hazañas, de reyes y de pueblos, de arte, de ciencia... Ese era el sueño de Nina, por él lo había dejado todo a pesar de la incomprensión y desdén de la gente de su

estatus. Poco le importaba aquello cuando hacía resumen de sus años. Ella había encontrado su sueño y podía vivirlo a diario. Muchos de los que la dieron de lado ante su decidida misión todavía estaban buscando algo por lo que luchar, por lo que ilusionarse, por lo que dar un paso más ... Para otros ya era demasiado tarde.

Aquella mañana transcurrió tan rápidamente como de costumbre entre relatos y ejercicios que iban plasmándose en aquella pizarrita en forma de números, dibujos y mapas. Llegado el momento, Nina, borró una vez más aquel sufrido encerado y, sin mediar palabra alguna, dibujó un gracioso reloj de agujas y un plato de arroz con su cuchara en el interior. La clase entera esperó con sonrisa cómplice a que su ingeniosa profesora se diera la vuelta y les preguntara con fingido disimulo: "¿Qué hacemos ahora, niños?". Aquel sencillo jeroglífico puso en danza a todo el grupo. Los pequeños ya sabían su cometido, por lo que, rápidamente se dirigieron a la cocina para organizar la mesa mientras los más mayores ayudaban a Nina en la preparación del succulento menú que les aguardaba.

Dana, una jovencita de dulce mirada, ponía a hervir una gran perola de caldo de gallina para la sopa. Sus 15 años la habían mostrado ya el lado más sórdido del ser humano. Como bien sabía Nina, su historia era la historia de un niña más, una niña que como todas lo único que deseaba era tener una familia y jugar con sus amigas del barrio. Desde los 5 añitos se vió privada de esa sombra maternal que tanto echaba de menos, ya que su madre había tenido

que emigrar a la capital. Así fue como, durante 7 años, Dana vivió con su abuela, aunque lo más correcto es decir que su hogar fue la calle, donde tenía que pasar horas y horas buscándose la vida y la de su enferma abuelita. La vida no era fácil en aquellas abandonadas y paupérrimas calles, y la abuela de Dana era consciente de esa amarga realidad. Cierta día que vio desconsolada a su nieta, lo único que se le ocurrió decirle equivocadamente era que tenía un regalo para ella. Como muchos vecinos de su barrio, aquella anciana tenía contacto con personas que pertenecían a la guerrilla, así es que había conseguido que miembros de esa milicia aceptaran que la que niña entrara, pensando que, de esta forma, iba a tener una vivienda, ropa, y lo necesario para subsistir, cosa que ni ella, ni su propia madre habían sido capaces de darle a Dana.

Aquella misma noche la niña partió con unos de los "amigos" de su abuela, día en que comenzó su sueño, sueño que rápidamente tornó en pesadilla, como para los cientos de niños que ella encontró donde fue, niños que se habían dejado de serlo, que habían perdido aquello que simbolizan: pureza, ilusión... Aquella inocente pequeña se vio expuesta a noches en cuartos callados y oscuros. Días después, cuando había pasado la prueba, tuvo que ir donde se encontraba uno de los mandos superiores. Durante aquella desigual entrevista se le dijo todo lo que se esperaba de ella, todos sus deberes. Aparentemente eran los mismos de los de cualquier otro soldado, pero solo en apariencia. Entre líneas, repugnantes líneas, Dana descubrió que había algo más en su lista de normadas funciones. Aquel día fue uno de los peores de su cándida existencia,

sí, a sus doce añitos averiguó que tendría que ser algo más que un “soldado”. Sin embargo, tenía que luchar por lo que su abuelita había conseguido para ella, y eso es lo que siguió haciendo. Bastantes meses después, cuando aquel lugar la había dejado tristemente marcada, decidió que escaparía como fuera. De modo que una noche de vigilia escapó del campamento gracias a la ayuda de una amiga de la milicia, que se había apiadado de sus lamentos en aquellas innumerables noches de angustia, y de su llanto enmudecido por la inmundicia de aquellos seres mal llamados “superiores”... Dana sabía que habría gente espíandola, pero decidió correr el riesgo. Su respirar era cada vez era más rápido, le faltaba el aire, pero no podía dejar de correr porque de lo contrario sabía que lo que encontraría sería un arma apuntándole a la cabeza. Horas después, casi sin respiración, llegó a una silenciosa casa, la que llegaría a ser su refugio. Cuando trató de entrar todos pensaron que alguien trataba de asaltarles. Después de momentos de tensión, se encontró con un rostro sonriente, el de Nina, que, comprendiendo la situación, le dijo con una tranquilizante sonrisa -“Hola, te estábamos esperando”-. Sí, después de tres eternos años, Dana, había encontrado un acogedor hogar.

La comida había sido deliciosa, a juzgar por lo reluciente de aquellos cuencos. El sueño empezaba a dominar los párpados de los más pequeños. La calma y el silencio se fueron adueñando de aquel aislado paraje. Era entonces cuando Nina aprovechaba para alejarse hasta un pequeño mirador que daba a un precioso valle, alfombrado por perennes arboledas. Allí se sentaba, recostándose contra un centenario tronco de *balso* y miraba al horizonte.

Cuántas reflexiones la habían acompañado con aquella inmensidad ante sus ojos. Cuántas vidas habían pasado por sus, ya rugosas pero cálidas, manos. Cuántos sueños rotos que remendar con dulce paciencia. Cuántas injusticias más podría albergar este absurdo mundo, se preguntaba a veces. Hacía ya mucho tiempo que aquella mujer de espíritu fuerte y ánimo indeleble había dejado de preguntarse el porqué de todas aquellas pequeñas historias humanas. Quizá por esa razón su cariñosa acogida a cada nuevo miembro de su gran familia era tan emocionada como en las primeras veces. Su vida era devolvérsela a otros. Con todo, sabía que su destino no era cambiar el mundo, ni siquiera el país, o aquella cotidiana realidad que azotaba la inocencia de tantos infantes. La vida seguía, como el cauce de un serpenteante riachuelo y ella sólo era una hoja más que flotaba en un viaje más o menos incierto. Las aguas podrían estar más o menos turbulentas, pero el secreto de aquella entrañable hojita, era flotar. Sí, Nina nunca se paró a pensar en lo oscura que era la realidad a veces, sólo quería flotar por encima de aquellos rápidos, dejar que la gran corriente la llevara lo más lejos posible. En aquel viaje, otras muchas hojitas, con sus orígenes y destinos dispares, se cruzarían en su camino. Ella tan solo aspiraba a acompañarlas unos pequeños instantes, y sonreír al verlas alejarse...